

Índice

- 146 Introducción
“Vivir el Año de la Fe”
- 148 *“Señor, aumenta en nosotros la fe”*
La fe, don y respuesta libre en lo cotidiano:
en la oración, la vida comunitaria y el servicio de los pobres
Padre Roberto Gomez, cm
- 161 El desafío de la vida comunitaria
Padre Patrick Griffin, Director general
- 174 Llamadas a ser testigos de la radicalidad evangélica.
Sor Evelyne Franc, Superiora genéral
- 190 La fe de María en el centro de nuestra vida de Hija de la Caridad
“¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?”
Sor Anne Prévost, Hija de la Caridad
- 212 El camino de fe de santa Luisa
Sor Elisabeth Charpy, Hija de la Caridad

INTRODUCCIÓN

Vivir el año de la Fe

Con motivo del 50 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, el Papa Benedicto XVI ofreció a la Iglesia, vivir un Año de la Fe: comenzó el 11 de octubre de 2012 y terminará el 24 de noviembre de 2013, Solemnidad de Cristo Rey del universo.

Este Año de la Fe es un año de gracia, un tiempo fuerte para abrirse a Dios y acoger su Presencia en nuestra vida, a ejemplo de María, modelo de fe para los creyentes. Durante la visita del Ángel, María acepta la petición de Dios, confía en él y se compromete: *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1, 38). María expresa su fe en Dios y se compromete con El.

En la Visitación, Isabel proclama *“¡Feliz la que ha creído!”* (Lc 1, 45). A finales del Evangelio de Juan, Jesús invita a Tomás a la misma bienaventuranza: *“Dichosos los que no han visto y han creído”* (Jn 20, 29).

A ejemplo de Tomás, la Iglesia debe inscribirse en esta fe de María, *“esta heroica fe suya ‘precede’ el testimonio apostólico de la Iglesia, y permanece en el corazón de la Iglesia, escondida como un especial patrimonio de la revelación de Dios. Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, ... participan de la fe de María”* como lo escribió Juan Pablo II en *Rédemptoris Mater* (nº 27, 1).

La expresión empleada por la encíclica de Benedicto XVI “Porta Fidei” recuerda igualmente que esta “Puerta” ya está abierta para nosotros por el mismo Cristo, el día de nuestro bautismo. Como María, toda nuestra existencia consiste en pasar sin cesar esta Puerta de la Fe para entrar y permanecer en el Reino de Dios.

Este Año de la Fe es pues una ocasión para cada una de nosotras, Hijas de la Caridad, de renovar nuestro gozo al seguir a Cristo, centrar de nuevo nuestra relación con El, de servir a los desfavorecidos contemplando más el misterio del pobre, aprovechando nuestra pertenencia a la Compañía.

Un aspecto esencial de nuestra vida de servicio es el acto de contemplación del misterio de Cristo en el pobre. Cuando recibimos a Cristo en la Eucaristía, así recibimos al pobre como misterio de Cristo y del mismo modo, el servicio de los pobres no es un anexo del Año de la fe, sino que forma parte.

En las Provincias, se han ofrecido numerosas propuestas para profundizar la fe y el carisma vicenciano. Dos encuentros internacionales han sido organizados en la Casa Madre. Las participantes tuvieron el gozo de poner sus pasos en los de los Fundadores, experimentar la internacionalidad de la Compañía, rezar con los peregrinos en la Capilla de la Medalla Milagrosa...

- Un encuentro de revitalización espiritual y vicenciana del 22 de abril al 6 de mayo de 2013, permitió a 87 Hermanas de 11 a 24 años de vocación, procedentes de 69 Provincias y Región, de reflexionar y profundizar su fe para vivir mejor de ella en la vida de comunidad y de servicio.

-Un Retiro internacional, predicado por el Padre Patrick Griffin, Director general, ofreció a las 73 Hermanas Sirvientes participantes, procedentes de 68 Provincias y región, un tiempo de formación específica con miras a su misión, del 11 al 19 de mayo de 2013.

Este número especial quiere ser el eco del encuentro de revitalización y ofrecer a todas las Hijas de la Caridad pistas de profundización de la Fe.

PADRE R. GOMEZ, CM

“Señor aumenta en nosotros la fe”

La fe, don y respuesta libre en lo cotidiano:

en la oración, la vida comunitaria y el servicio de los pobres

“En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn 3,3)

Se me ha pedido que les hable de la fe en el centro de nuestra experiencia como personas consagradas que creen, oran, aman y sirven. Pueden imaginar que no es fácil! La fe es algo tan íntimo, casi incommunicable incluso si la fe en Jesucristo es una experiencia común, una aventura que se vive con los demás. Los que dicen que no se puede dar la fe, tienen razón. Lo único que se puede hacer es dar testimonio de ella e invitar a creer. Y esto no se hace solos.

Les confieso que a menudo tengo el sentimiento de estar desprovisto ante las exigencias personales, eclesiales (comunitarias) y apostólicas de mi fe en Jesucristo; me siento pequeño e incapaz ante la magnitud de los desafíos de mi ser como creyente. Como los apóstoles, sólo puedo dirigirme hacia el Señor para suplicarle: *“Señor aumenta en nosotros la fe”* (Lc 17,5). Sí Señor, ¡concédeme una dosis renovada de confianza en Dios, que aumente mi fe!

La respuesta del Señor a los apóstoles es inmediata pero enigmática. En realidad, propone una parábola que no es un discurso sino un recorrido (un camino); responde a la petición expresada por un relato que debe comprenderse y que debe hacernos reflexionar: *“Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a esa morera: ‘Arráncate de raíz y plántate en el mar’ y os obedecería”* (Lc 17,5-6). La versión de Mateo es todavía más atrevida: *“En verdad os digo que, si tuvierais fe como un grano de mostaza, le diríais a aquel monte: ‘Trasládate desde ahí hasta aquí’, y se trasladaría. Nada os sería imposible”* (Mt 17,20). Les aseguro que ningún sicomoro me ha obedecido nunca, y ¡menos aún una montaña!

¿Cuál es pues el sentido de la Parábola propuesta aquí por Jesús? El Maestro comienza por comparar la fe a un grano de mostaza: *“En verdad os digo que, si tuvierais fe como un grano de mostaza”* ¡eso es lo sorprendente! El grano de mostaza es muy pequeño... ¡bastaría solo un poco de fe! Llega entonces la segunda parte de la parábola aún más sorprendente: *“¡Si un día nuestra fe se convierte en algo grande como un grano de mostaza, entonces ocurrirán cosas extraordinarias!”* grandes sicomoros, con raíces profundas y sólidas se arrancarían de raíz e irían a plantarse en el mar, si se les diera la orden de hacerlo... Aún mejor, ¡las montañas se desplazarían! Nada es imposible. Al menos todo esto es sorprendente.

Nuestra atención debe centrarse en el contraste entre la talla (o la dimensión) y el poder. Una fe de la talla de un grano de mostaza podría hacer cosas extraordinarias. Se podría traducir: bastaría un poco de fe para realizar lo que es estrictamente imposible. ¡Un mínimo de fe, puede hacer cosas extraordinarias!

Qué contraste entre la pequeña talla de la fe y sus posibilidades ilimitadas! No era la primera vez que Jesús utilizaba la imagen del grano de mostaza en el evangelio. Más bien, compara el Reino de Dios con algo que comienza siendo muy pequeño y se convierte en algo grande: ¿lo recuerdan? *“¿A qué es semejante el reino de Dios o a qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su huerto, creció, se hizo un árbol y los pájaros del cielo anidaron en sus ramas”* (Lc 13,18-19 et Mt 13,31-32).

Las parábolas de Jesús provocan, cuestionan, intrigan. Ellas provocan esta pregunta: ¿y si fuera cierto! ¿Y si fuera verdad que una fe “de pequeña talla” pueda arrancarse de raíz, trasplantar, transformar? Repitémoslo, la parábola pronunciada por Jesús insiste voluntariamente en el contraste entre la pequeñez de la fe y sus capacidades insospechadas. La fe es pues posible, accesible a todos, es de talla humana; nadie puede decir que es incapaz de tener tal fe. Esta es la convicción de Jesús; nos lo ha contado y nos invita a compartir su certeza: con un mínimo de fe el cristiano puede actuar más allá de lo que parece posibleⁱ.

A partir de esta convicción que compartimos con Jesús, intentemos avanzar en nuestra reflexión a partir de tres preguntas:

- 1-¿Quién puede tener una fe tan grande como un grano de mostaza?
- 2-¿Cómo hacer crecer nuestra fe?
- 3-¿Cómo hacer eficaz nuestra fe? ¿Cómo hacer para que ella dé fruto?

I.- ¿QUIÉN PUEDE TENER UNA FE TAN GRANDE COMO UN GRANO DE MOSTAZA?

A la luz de la parábola de Jesús, la respuesta a esta cuestión es sencilla, pero está lejos de ser inofensiva o banal: cualquier persona de buena voluntad, hombre o mujer, puede tener una fe dinámica que crece y hace crecer, que se refuerza y hace fuerte, que evoluciona y hace evolucionar, que desarraiga y empuja. Al tomar de nuevo la segunda parte de la parábola del evangelio se podría decir que la fe es en primer lugar obediencia (escucha), luego solo puede hacerse obedecer (decir al sicomoro arráncate de raíz o a la montaña pasa de aquí a allá).

Evidentemente, cuando hablamos de “fe” hay que comprender la respuesta del hombre a la iniciativa de Dios. Ciertamente, Dios tiene siempre la iniciativa. Hacemos aquí referencia a lo que podríamos llamar **la base (el zócalo) de la fe** (su base inmutable, su fundamento, lo que afecta a lo esencial): la fe es una respuesta humana a las iniciativas de Dios! Con ello queremos decir que el ser humano puede decir que cree en Dios porque Dios es el primero en creer en él. ¡A menudo olvidamos esto! Olvidamos decir que Dios es el primero en creer en la humanidad. Tal vez hay que añadir que Dios cree en nosotros más de lo que nosotros creemos en nosotros mismos. François Mauriacⁱⁱ tiene razón al decir que « creer » es en primer lugar reconocer que somos amados” (por Dios).

La definición más sencilla de la fe es que es una respuesta al amor de Dios manifestado a lo largo de la historia de manera definitiva en Jesucristo su enviado. Si tomamos las Sagradas Escrituras, constatamos la veracidad de lo que decimos en voz alta: ¿Quién buscó al primer Adán y Eva? ¿A Abrahán? ¿A Moisés? ¿A los profetas? ¿A todo el pueblo?... Dios y siempre él. El busca al hombre como lo ha hecho siempre y lo hará eternamente. No se desanima ante la indiferencia de sus criaturas. Al buscarnos, hace posible la fe. Esta es como un impulso de confianza, una adhesión firme y estable al proyecto de Dios. Proyecto de Dios cuyo único fin es nuestra felicidad.

El Nuevo Testamento desvela el amor infinito de Dios para con la humanidad en la persona de Jesucristo. A través suyo, Dios hace todo lo posible para hacer entender que nos ama, que está a nuestro lado, continuamente actúa en nuestro favor. La fe humana, que es una decisión, está así invitada a leer en la Encarnación del Hijo de Dios, la voluntad Divina de revelarse, de darse a conocer y de dialogar con nosotrosⁱⁱⁱ. En efecto, el Dios Todopoderoso nos lo dice todo en su Hijo. Nuestra fe, fe que puede crecer, pasa por el conocimiento de este Hijo: **toda la Palabra de Dios se resume en su Hijo.** Nuestra decisión a favor de Dios pasa por la adhesión íntima a la persona de Jesucristo.

A propósito de esto, me gusta mucho la expresión de Orígenes, tomada por el Papa Benedicto XVI en *Verbum Domini*: “*El Verbo se ha abreviado*:^{iv}”... es difícil traducir en una sola palabra esta idea: Dios *se ha abreviado*, se hace pequeño, se estrecha, se condensa, se resume, se simplifica... para arrancar de nosotros un acto de confianza que hace eco al suyo. “El Hijo mismo es la Palabra, el *Logos*; la Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña como para estar en un pesebre. Se ha hecho niño para que la Palabra esté a nuestro alcance”.^v

Si estos gestos de la bondad de Dios no afectan a nuestro ser, a nuestra razón y a nuestro afecto, entonces ¿qué podría afectarnos?

A través de una imagen del AT, quisiera insistir en el hecho de que nuestra fe descansa en el mismo Dios. Es Él quien está en el origen de la decisión de fe, es también él quien la dinamiza, respetando nuestra libertad. La imagen es la **del águila** que enseña a sus hijos a revolotear (planear) animándoles: “Como el águila incita a su nidada, revoloteando sobre los polluelos, así extendió sus alas, los tomó y los llevó sobre sus plumas. El Señor solo los condujo, no hubo dioses extraños con él”. Encuentro en estos versículos una hermosa imagen de la fe. ¡Todo está dicho! la fe se ha hecho posible por Dios, es él quien la provoca, la cuida, es él quien la envuelve y la instruye. Es Dios quien está más allá de la fe y es Él quien la protege cuidándola. Luego viene el despegue. La metáfora del águila que anima a su nidada a despegar es sencillamente hermosa y conmovedora. El águila planea sobre sus crías, va por delante; despliega toda su envergadura, finalmente toma a sus aguiluchos, los lleva sobre sus propias alas... Nada falta, pero la libertad está preservada. Sería necesario imaginar a los aguiluchos de vez en cuando soltarse y volver a descansar en las alas del padre... ¡qué belleza!

Si, nuestra fe puede crecer, esto es perfectamente posible (como lo es también que nuestra fe disminuya o que, por desgracia, la perdamos); pero no hay que contentarse con nuestra poca fe. Deberíamos gritar como el padre del niño poseído del evangelio: “*Creo, pero ayuda mi falta de fe*” (Mc 9,24). Para ilustrar de nuevo esta actitud, quisiera citarles la experiencia espiritual de un religioso dominico, Ambroise-Marie Carré o.p.^{vi}: “*Una tarde, en la pequeña pieza que me servía de habitación, sentí con una fuerza increíble que no dejaba lugar a ninguna duda, que era amado por Dios y que la vida (...) que tenía ante mí era un don maravilloso. Invadido de felicidad, ¡caí de rodillas!*” Ambroise-Marie no tenía más que 14 años. Pero no se contentó con una fe asegurada por esta experiencia mística. Siempre buscó a Dios; “pero más que vivir de esta verdad, buscó nuevos descubrimiento, nuevas revelaciones, deseando contactos nuevos, escalando “una escalera que se orienta hacia el cielo”^{vii}. No contentarse con verdades antiguas y eternas, demasiado simples, sino buscar experiencias nuevas, hace crecer nuestra fe, viva y operante. Al citarles al Padre Ambroise-Marie, les invito a hacer la misma experiencia.

Nuestros fundadores, Vicente de Paúl y Luisa de Marillac, tuvieron una fe “contagiosa” (estos días lo oirán, por eso no insisto en ello). Buscaron a Dios y experimentaron durante sus vidas que el amor de Dios es siempre primero, que “el amor de nuestro Dios siempre está ahí”^{viii}. Desde este punto de vista ellos son místicos. ¡Tengamos cuidado! Por nuestra “poca fe” corremos el riesgo de desanimarnos y decepcionar a los hombre y mujeres en desánimo!

II.- ¿CÓMO HACER CRECER NUESTRA FE?

Si los apóstoles piden un suplemento de fe al Señor (Lc 17,5) es porque el crecimiento de la fe es posible; aún más, es pedida y esperada por el maestro. ¿Dónde estamos? especialmente nosotros, personas consagradas, que hemos escogido seguir al Señor de una manera más radical. ¿Dónde nos encontramos con relación al crecimiento de la fe?

Es cierto que no hay fórmulas mágicas. Lástima! La fe es un don de Dios y al mismo tiempo una decisión del hombre (y de la mujer) que escoge responder libremente a sus iniciativas de amor. Dicha decisión se puede cultivar. El Señor al que hemos escogido seguir se parece a la mujer de la parábola de la levadura y de la masa: el Reino de la fe dice Jesús: “*es semejante a la levadura que una mujer tomó y metió en tres medidas de harina, hasta que todo fermentó*” (Lc 13,21). La única finalidad de la levadura es hacer crecer la masa y lo mismo ocurre con la fe. Si Dios suscita, (siembra) en nosotros la fe, es para que crezca y de mucho fruto.

San Agustín resume muy bien lo que acabo de decir en algunas palabras: “*los creyentes se fortalecen creyendo*”^{ix}. La fe se refuerza y crece creyendo, compartiéndola. Es sencillo, lógico y cierto: los creyentes «se fortalecen creyendo». El papa Benedicto XVI comenta la frase de san Agustín: “*El santo Obispo de Hipona tenía buenos motivos para expresarse de esta manera. Como sabemos, su vida fue una búsqueda continua de la belleza de la fe hasta que su corazón encontró descanso en Dios. Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el*

sendero justo para acceder a la “puerta de la fe”.^x El papa concluye diciendo: “... Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un in crescendo continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios”^{xi}. Quiero que se fijen en la expresión “un in crescendo continuo”. ¿No es esto lo propio del discípulo de Cristo? ¿En primer lugar de todo bautizado y especialmente de toda persona consagrada? Preguntémonos ¿por qué me estanco en mi vida de fe? ¿Por qué este letargo y esta rutina que invade a menudo nuestras vidas de creyentes? ¿Por qué finalmente esta esclerosis del corazón? Expresión cercana a la de Cristo resucitado cuando dice a los peregrinos de Emaus como un dulce reproche: Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas” (Lc 24,25).

No seré original al proponerles tres medios prácticos para crecer en la fe. Son fundamentales:

a) La lectura orante de la Palabra de Dios.

La Lectio Divina ha vuelto a la vida de la Iglesia y me alegro. Viene de un largo y prolongado éxodo. Es cierto que en los tiempos antiguos, los fieles tenían un tal respeto de la Sagrada Escritura, que con frecuencia se mantenían distantes de ella^{xii}. Hoy, en cambio, la enseñanza de la Iglesia, la reflexión espiritual, teológica y pastoral, ha vuelto a poner la Palabra Divina en el centro de nuestra vida de creyentes, de todos los creyentes. Estoy convencido de que nuestro crecimiento en la fe pasa en primer lugar por esto. Necesitamos recordarnos las hermosas palabras de san Jerónimo: “la ignorancia de las Escrituras, es la ignorancia de Cristo^{xiii}”. Los medios de los que disponemos hoy son enormes para acercarnos y encariñarnos con las Sagradas Escrituras, (pero es cierto que vivimos en un mundo de medios ilimitados y objetivos difusos). Me permito recordarles la lectura y el estudio de Dei Verbum (Constitución Dogmática sobre la revelación Divina de Vaticano II) y Verbum Domini (Exhortación apostólica post-sinodal del Papa Benedicto XVI, 2010), eso para empezar. Les invito a participar en los círculos bíblicos propuestos por todas partes.

b) La oración personal y comunitaria.

No es un secreto ni para ustedes ni para mí, que una de las causas principales de tantas dificultades en la vida consagrada es la pobreza de nuestra vida espiritual. Tenemos una necesidad vital de la comunicación íntima con el Señor. Voy a utilizar una expresión voluntariamente provocadora: necesitamos “ese boca a boca” diario con el Señor, de este cara a cara con El. San Vicente utiliza varias imágenes cuando quiere insistir sobre la necesidad de la oración. Para él, la oración es: “el alma”, “el aire”, “el alimento”, “el rocío”, “el depósito”, “la fuente de juventud”, “el sol”, “el pan cotidiano”, “el centro de toda la devoción”... La oración en él es el alma de la acción. Actúa de manera infatigable porque ora incesantemente, ¡en eso radica su secreto!

Escuchemos lo que le dice a un hermano joven, Antoine Durand, de 27 años, que había sido enviado para llevar a cabo una difícil misión: “Una cosa importante, a la que usted debe atender de manera especial, es tener mucho trato con nuestro Señor en la oración; allí está la despensa de donde podrá sacar las instrucciones que necesite para cumplir debidamente con las obligaciones que va a tener... Jesucristo, que debe ser el ejemplo de su forma de gobernar, no se contentó con utilizar sus predicaciones, sus trabajos, sus ayunos, su sangre y su misma muerte; sino que a todo esto añadió la oración” (XI-3, 236-237).

Subrayo sencillamente una cosa: “es tener gran trato con nuestro Señor en la oración”. Aquí tenemos un punto en el que siempre podemos progresar, ¿no es cierto? Sepan que cuando leemos la Palabra de Dios con espíritu de fe, cada uno de nosotros se introduce en un diálogo con el Señor.

Vicente de Paúl, estaba convencido de que “La gracia de la vocación depende de la oración” (III, 494). ¿Tienen dudas sobre este punto? Yo no... en cambio, confieso que me cuesta ponerlo en práctica... ¡Oh Salvador!

Permítanme dar un salto de tres siglos en el tiempo citándoles Dei Verbum: “Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque “a El hablamos cuando oramos, y a El oímos cuando leemos las palabras divinas.^{xiv}”. Ven

que en el progreso de la vida espiritual no hay compartimientos separados. Todo está encajado: oración, acción, contemplación, Palabra de Dios...

Resumiendo, la vida espiritual es ante todo un diálogo constante con nuestro creador. Si volvemos a tomar la hermosa imagen del águila del Deuteronomio 32,11, podríamos decir que Dios está en la oración como el águila que anima a su nidada y vuela por encima de sus pequeños desplegando toda su envergadura. Es Él quien nos levanta tomándonos entre sus alas, quien vuela en nuestras aventuras humanas en su Hijo; pero que está siempre ahí para que descansemos en él a través de su Espíritu... es muy frecuente que nos lleve sobre sus alas.

Más que nunca necesitamos descubrir de nuevo que sólo Dios responde a la sed presente en el corazón de todo hombre, en nuestros corazones. Es esta la certeza capaz de hacer crecer nuestra fe y nuestra confianza en Dios. Sin embargo, para hacer crecer la fe, necesitamos silencio. El silencio de Dios aparece también como una parte importante de la Palabra de Dios^{xv}. Con mucha frecuencia, Dios hace silencio e invita al hombre a una mayor profundidad... El silencio puede compararse a la noche, que permite el crecimiento silencioso de las semillas: “*El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. El duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo...*” (Mc 4,26-27). El silencio de Dios, como el del hombre, es la prolongación de un diálogo fecundo.

c) **La liturgia** nos sitúa en la acción

Observen que la terminación “urgia”, palabras como “siderurgia”, “metalurgia”, “cirugía” y “liturgia” designa un “hacer”, una acción, (del griego *ergôn*). La fe crece cuando se la celebra, ¿verdad? El contrario es también cierto, el que no celebra su fe termina por perderla. Reflexionar en el dinamismo de nuestra fe, en la vida de nuestra fe nos remite a la celebración de ésta en la liturgia y en los sacramentos (sobre todo la eucaristía y la Palabra de Dios). ¿Por qué tanta monotonía en nuestras celebraciones? Se dice que creemos de la manera que celebramos y que celebramos como creemos (*lex orandi, lex credendi*). Sí, los cristianos como nosotros, creen como celebran.

El Papa Benedicto XVI nos invitaba, en su carta apostólica para introducir el año de la fe, a: “redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este *Año*”^{xvi}. Este encuentro es una manera de poner en práctica la recomendación del Papa emérito: redescubrir los contenidos de la fe y reflexionar sobre el hecho mismo de creer. El Papa pone el ejemplo del credo que los bautizados, en otro tiempo, debían aprender de memoria: “No por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el *Credo*. Esto les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo. San Agustín lo recuerda con unas palabras de profundo significado, cuando en un *sermón* sobre la *redditio symboli*, la entrega del *Credo*, dice: «El símbolo del sacrosanto misterio que recibisteis todos a la vez y que hoy habéis recitado uno a uno, no es otra cosa que las palabras en las que se apoya sólidamente la fe de la Iglesia, nuestra madre, sobre la base inmovible que es Cristo el Señor. [...] Recibisteis y recitasteis algo que debéis retener siempre en vuestra mente y corazón y repetir en vuestro lecho; algo sobre lo que tenéis que pensar cuando estáis en la calle y que no debéis olvidar ni cuando coméis, de forma que, incluso cuando dormís corporalmente, vigiléis con el corazón»^{xvii}.

La celebración de la liturgia articula la lectura orante de la Palabra de Dios y la oración.

III.- ¿CÓMO HACER EFICAZ NUESTRA FE? ¿CÓMO HACER PARA QUE DÉ FRUTOS?

Miremos en el evangelio de Lucas (17, 1-10) lo que precede y lo que viene después de la petición de los discípulos al Señor de que aumente su fe (cojan sus Biblias). Cuatro temas se abordan sucesivamente sin que aparezca una secuencia lógica. Los cuatro temas son los siguientes:

- 1- la prohibición de provocar el escándalo y la caída de los pequeños (v. 1-3a);
- 2- el perdón ofrecido a su hermano hasta siete veces en un mismo día (v. 3b-4);
- 3- la petición de la fe y la parábola del grano de mostaza (tema central para nosotros, v. 5-6);
- 4- el servicio infatigable, gratuito e incondicional del servidor (v. 7-10). Preguntémonos ¿cuál puede ser el enlace entre ellos? Cuando se leen estos versículos uno detrás de otro, podemos descubrir que en cada ocasión se trata de la vida comunitaria con las responsabilidades personales y los deberes ministeriales que implica^{xviii}. De hecho, desde el comienzo del capítulo 17, los interlocutores de Jesús son

los discípulos. Es a ellos, en calidad de discípulos, a los que Jesús se dirige. Se podría decir que las exigencias de la fe propuestas por Jesús en estos versículos, implican a la vida cristiana en el interior y en el exterior de la comunidad (ad intra y ad extra). De hecho, la fe es una fuerza que impide hacer pecar a nuestros hermanos, que invita a perdonarles tantas veces como sea necesario poniéndose al servicio de los demás sin esperar recompensa.

¿Cómo hacer que nuestra fe sea activa y operante? ¿Cómo conseguir que de frutos? De hecho, no basta con decir que tenemos fe (confesarla), no basta con celebrarla, es esencial también dar testimonio de ella. El testimonio de vida de los creyentes es esencial para su credibilidad. El apóstol Santiago lo dice con claridad: “¿De qué le sirve a uno, hermanos míos decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe?... Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe” (2,14.17-18). «La creencia crece creyendo» dice san Agustín; y se podrían imitar sus palabras diciendo que la vida de fe es su puesta en práctica. Práctica en la vida de cada día, en el seno de nuestra comunidad humana y religiosa, en medio de nuestras responsabilidades. Veamos otra paráfrasis de la respuesta de Jesús a sus discípulos: “Si, con la poca fe de la que os quejáis, podéis obtener tales resultados (que se trasladen las montañas y los árboles se arranquen de raíz), con cuánta más razón, con esta misma poca fe podéis cumplir perfectamente vuestra vocación^{xix} en vuestras comunidades y en vuestras responsabilidades.

La fe, que es don de Dios y respuesta del hombre no puede reducirse a creencias o ritos o a contenidos más o menos teóricos. En este caso la fe sería una superstición^{xx}. Sí, la palabra es fuerte, pero ¡quiere decir lo que quiere decir! Sin embargo, “profesar la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano nunca puede pensar que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree.^{xxi}”.

Preguntémonos ahora si nuestra fe es suficientemente dinámica y viva como para impregnar todas nuestras dimensiones humanas, sociales, personales, afectivas, comunitarias, intra-eclesiales, extra-eclesiales... Preguntémonos también porque con frecuencia ocurre que haya consagradas que sean “luz en el exterior y tinieblas en el interior” ¿Por qué nos cuesta tanto dar testimonio de la fe en nuestras comunidades?

De cualquier modo, y en cualquier circunstancia, queridas Hermanas, hagamos de tal modo que nuestra fe resurja, resucite...llegue a ser dinámica y coherente.

Permítanme terminar mi reflexión de esta mañana con un párrafo del Papa emérito, Benedicto XVI, que en mi opinión, resume de maravillosamente, lo que torpemente he intentado decir:

“La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40): estas palabras tuyas son una advertencia que no se ha de olvidar, y una invitación perenne a devolver ese amor con el que él cuida de nosotros. Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando “unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia” (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1).^{xvii}

- ⁱ Cf. Claude TASSIN, *L'Évangile de Matthieu*, Paris, Centurion, 1991, p. 186.
- ⁱⁱ Escritor francés, miembro de la academia francesa (1885-1970), que formaba parte de lo que llamaba « la resistencia intelectual), y le gustaba decir : « ¡Lloro mis pecados ! los que he cometido y los que hubiera querido cometer ».
- ⁱⁱⁱ Cf. Carta a los Hebreos 1,1-2.
- ^{iv} V.D. n° 12.
- ^v *Idem*.
- ^{vi} *Chaque matin je me réveille*, Paris, Cerf, 1993. Miembro de la Academia francesa, capellán de los actores (1908-2004).
- ^{vii} Abbé Marc Guelfucci, « *Sommes-nous spirituels ou fébriles* », <http://revue.objections.free.fr/002/002.044.htm>.
- ^{viii} Expresión utilizada por Patrice de la Tour du Pin (1911-1975), poeta francés
- ^{ix} *De utilitate credendi*, 1,2.
- ^x Benoit XVI, *Porta fidei*, n° 7.
- ^{xi} *Idem*.
- ^{xii} Recojo una expresión de Paul Claudel, *La vie intellectuelle* 16, 1948, p. 6. Il vécu entre 1868 et 1955 ; dramaturgo, poeta y ensayista francés, miembro también de la academia francesa.
- ^{xiii} Sermon 179,1.
- ^{xiv} *Dei Verbum* n° 25.
- ^{xv} *Verbum Domini* n° 21.
- ^{xvi} Benedicto XVI, *Porta Fidei*, n° 9.
- ^{xvii} Benedicto XVI, *La porte de la Foi*, n° 9 ; Cf. Sermon de Saint Augustin 251,1.
- ^{xviii} Cf. François Bovon, *San Lucas 15,1-19,27*, Genève, Labor et Fides, 2001, p. 119.
- ^{xix} P. Houzet, cité par Hugues Cousin, *L'Évangile de Luc*, Paris, Centurion, 1993, p. 226.
- ^{xx} Creencia o práctica no conformes a la razón o no reconocidas por una religión de referencia.
- ^{xxi} Benedicto XVI, *Porta Fidei* 10.
- ^{xxii} *Porta Fidei* n° 14.

El desafío de la vida comunitaria

Cuando estudiaba con los seminaristas el libro del Génesis, siempre aprovechaba para reflexionar con ellos sobre la naturaleza de la bondad. Sabemos que en el principio, Dios llamó todas las cosas a la existencia y habiéndolo hecho, observó todo lo que había creado y, dice el texto, vio que era bueno; y al final de todo vio que era muy bueno. **Todo lo que Dios hace es bueno.** Toda la realidad y todos los seres humanos forman parte de esa creación. He aquí una pregunta para ustedes: ¿Cuál fue la primera cosa de la que dijo Dios que “no era buena?” ¿La recuerdan? ¿Cuál fue la primera cosa que Dios describe como “no buena?” Si, tienen razón. Después de que Dios llamó a todas las cosas a la existencia, dijo que “no era bueno” para el primer ser humano creado, el hecho de estar solo, y por ello Dios le da una compañera. La idea fundamental no es simplemente la complementariedad del hombre y de la mujer, sino la necesidad para el hombre de ser un ser social. Nos necesitamos unos a otros para ser completos. No es bueno para nosotros, el estar sin otros seres humanos en nuestras vidas. No somos un todo. La mejor reflexión sobre mí mismo, es la otra persona, que me muestra lo mejor y lo peor de mí mismo. En el otro reconozco mis faltas y mis capacidades y esto es bueno, es algo que nos ayuda. Estamos hechos para vivir en comunidad.

Recuerden el salmo 133—es el salmo que más me gusta para hablar de la sencillez de la vida comunitaria:

¡Qué bueno y agradable es que los hermanos convivan unidos!

Es cómo el óleo perfumado sobre la cabeza, que desciende por la barba

-la barba de Aarón- hasta el borde de sus vestiduras.

Es cómo el rocío del Hermón, que cae sobre las montañas de Sión. Allí el Señor da su bendición, la vida para siempre. (Salmo 133)

El salmista insiste que pertenecer a una comunidad de hermanas y depender mutuamente es bueno y agradable. Utiliza la imagen de un buen perfume echado sobre la cabeza y la de un rocío abundante que empapa la tierra. La vida comunitaria es una bendición.

La comunidad humana es un don de Dios y las comunidades religiosas están llamadas a ser signo del Reino de Dios, en el cual todos los seres humanos son acogidos y se sienten como en casa. ¡Anticipamos el gozo y la fraternidad del Cielo!

La Iglesia ha reflexionado a menudo sobre el valor de la comunidad y la importancia de la vida en común para las personas consagradas. Dos documentos “*La vida fraterna en comunidad*” (1994), y el DIA “*Dejémonos transformar por el Espíritu*”(Documento Inter-Asambleas 2009-2015) pueden ayudarnos a examinar la naturaleza de la vida en comunidad.

Voy a dividir mi charla en torno a las tres imágenes tradicionales de la vida consagrada: la Trinidad, Jesús y los Discípulos, y la comunidad en Pentecostés, a la luz de las Escrituras y de las orientaciones del DIA 2009-2015.

I. LA TRINIDAD Y EL AMOR MUTUO

La mejor representación de una vida vivida en la unidad es la Trinidad. La enseñanza de la Iglesia nos invita una y otra vez a fijarnos en su unidad y su amor absoluto. En el corazón mismo de Dios se da esta íntima comunión de personas **unidas por el amor**, y ésta es la primera imagen de la vida cristiana.

La igualdad de personas, la finalidad común y el compartir de la naturaleza divina única caracterizan al Dios trino y ofrecen la imagen más profunda de la vida cristiana en comunidad. Esta llamada a vivir juntos para hacer uno por un amor mutuo se encuentra en el centro de la vida consagrada, es un verdadero desafío para los que escogen vivirla. La vida consagrada: *“(manifiesta) de modo particularmente vivo el carácter trinitario de la vida cristiana...”* (Vita Consecrata 14). Reflexionar sobre la naturaleza de la Trinidad, nos invita a pensar sobre algunos puntos esenciales de la vida comunitaria: la igualdad, la unidad y el amor.

Igualdad de los miembros

En la Trinidad, las tres personas divinas son iguales. No es una mayor o más importante que la otra. Todas comparten la misma vida y poder divinos. En nuestra comunidad también tenemos que tener este sentido de igualdad de todas las Hermanas. Algunas, están llamadas a ejercer de cuando en cuando, funciones específicas de responsabilidad, pero esto siempre de manera temporal y asumiendo estas funciones como un servicio. Las Hermanas Sirvientes, ayudan en el gobierno a nivel local y este mismo espíritu de servicio se expande a nivel provincial y general. Cualquiera que sea nuestra misión particular, somos todas iguales en comunidad; hay que respetar a las Hermanas mayores, comprensión a las Hermanas jóvenes, o depender de las Hermanas más competentes. Nuestros orígenes, culturas, lenguas diferentes contribuyen a la riqueza de nuestra vida en común, y no deben separarnos unas de las otras. Este sentido de la igualdad caracteriza la forma en que nos respetamos y deseamos ser respetados.

“Hace mucho tiempo que llevo deseando y serla para mí un gran consuelo que nuestras hermanas hubieran llegado a tal extremo de respeto entre sí que la gente de fuera no pudiese conocer nunca cuál de las hermanas es la hermana sirvienta”. (St. Vicente de Paul. Consejo del 19 de junio 1647, Documentos p. 766)

Todas somos Hijas de la Caridad que nos ayudamos mutuamente a llevar a cabo nuestra misión común.

UNIDAS POR UN MISMO PROPÓSITO

Nuestro Dios Trinitario actúa en unidad para llevar a cabo el único compromiso al que cada una de las Personas Divinas contribuye por entero. Del mismo modo, nosotras trabajamos por un mismo objetivo. En las *Constituciones* está escrito, que el centro de nuestra vida se encuentra en nuestra consagración a Dios en la Compañía para el servicio de los pobres. Cada Hermana contribuyendo según sus posibilidades, sin tener en cuenta lo importante o insignificante que pueda parecer. Trabajamos juntas, vivimos juntas y oramos juntas, estamos unidas por un mismo carisma y un estilo de vida comunitario. Lo que una sola no puede hacer, lo realizáis unidas, ayudándoos de palabra y de obra. Al valorar lo que cada una aporta, damos importancia a lo que hacemos juntas, asumiendo la responsabilidad de nuestras decisiones, orientaciones y sacrificios comunitarios.

“Revitalizar a todos los niveles, la participación y la corresponsabilidad que favorecen una actitud permanente de discernimiento, con miras a la toma de decisiones”. (DIA, p.22)

Avanzaremos juntas a través de nuestro compartir y nuestra aceptación de una misión evangélica comunitaria.

Unidas por un mutuo amor

Al igual que la Trinidad, estamos unidas por un amor mutuo. En el discurso teológico sobre el Misterio de la Trinidad, el Espíritu Santo es el espíritu de amor, que une al Padre y al Hijo en un amor trino. No es sólo una finalidad común la que nos une sino el amor mutuo que nos tenemos. El Documento Inter-Asambleas anima a “*construir comunidades donde se vivan relaciones de confianza y afecto*” (p. 11). En comunidad, aprendemos a vivir juntos y a aceptar los dones y los límites de los demás. El afecto fraterno nos permite contar con nuestras Hermanas y tener cuidado de ellas con amor en la enfermedad, en los logros, los fracasos. Nuestro amor fraterno hace nuestra vida y nuestra misión posibles y fecundas.

“El alejamiento del cuerpo no impide la presencia del espíritu entre las personas que el Señor ha unido con el lazo de su santo amor que es cada vez más fuerte a medida que va creciendo.. Es ese mismo amor el que las ha hecho escuchar suavemente la llamada al lugar al que se dirigen” (Santa Luisa de Marillac, Correspondencia y Escritos. C. 692 “A mi querida Sor Carcireux,” 15 de septiembre de 1659).

Resumen

La importancia que la comunidad tiene para la Iglesia y para todos los que se han consagrado a la vida religiosa, queda ilustrada por el carácter comunitario de la Trinidad: tres Personas Divinas compartiendo una misma naturaleza divina. El equilibrio perfecto y entre iguales, que se da en nuestro Dios Trinitario, es un modelo para nosotros de cómo debe ser vivida la vida comunitaria. Cada persona tiene que sentirse valorada, respetada y tratada como parte integral de un todo. En DIA lo describe así: “*Ahondar en nuestra pertenencia a la Compañía y hacernos responsables de la Compañía del Futuro*” (p 15). En el Catecismo de la Iglesia, encontraremos una cita extraordinaria de S. Gregorio de Nacianceno, hablando de la teología del misterio trinitario a los catecúmenos de Constantinopla

“Ante todo, guardadme este buen depósito, por el cual vivo y combato, con el cual quiero morir, que me hace soportar todos los males y despreciar todos los placeres: quiero decir la profesión de fe en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Os la confío hoy. Por ella os introduciré dentro de poco en el agua y os sacaré de ella. Os la doy como compañera y patrona de toda vuestra vida. Os doy una sola Divinidad y Poder, que existe Una en los Tres, y contiene los Tres de una manera distinta. Divinidad sin distinción de substancia o de naturaleza, sin grado superior que eleve o grado inferior que abaje [...] Es la infinita connaturalidad de tres infinitos. Cada uno, considerado en sí mismo, es Dios todo entero[...] Dios los Tres considerados en conjunto [...] No he comenzado a pensar en la Unidad cuando ya la Trinidad me baña con su esplendor. No he comenzado a pensar en la Trinidad cuando ya la unidad me posee de nuevo..”.(CCC,256).

El ejemplo de la Trinidad nos anima fuertemente a vivir en comunión.

II- JESÚS Y LOS DISCÍPULOS

Nos podemos imaginar a Jesús, con su variopinto grupo de seguidores, andando por los caminos de Galilea y visitando los poblados, mientras charlaban, discutían y reflexionaban juntos. Son escenas sencillas que sin duda alguna nos atraen y nos presenta de una manera particular la vida consagrada y sus desafíos.

Identifico tres: vivir con un grupo heterogéneo; aprender unos de los otros; y afrontar las dificultades.

a) VIVIR EN UN GRUPO HETEROGÉNEO

La lista de los nombres de los discípulos nos ofrece algunas pistas sobre su diversidad: lugares o diferentes profesiones, algunos eran de la misma familia. Unos son simples pescadores, otros ejercían

oficios que requerían una cierta educación. Se daban también claras diferencias en cuanto a su orientación política: la colaboración de Mateo con las autoridades romanas, como colector de impuestos, seguro que supuso un problema para Simón, el miembro del partido de los Celotes. Algunos tenían sus raíces en el mundo greco-judío, mientras que otros provenían de ambientes hebreo-judíos. Jesús llamó a todos estos hombres para que lo siguieran. Y tuvieron que aprender a vivir juntos.

Lo diferentes que eran sus personalidades aparecieron en algunos momentos: La impetuosidad y el interés de Pedro por corregir a Jesús, así como su deseo de defenderlo. Nos imaginamos la fuerza de su personalidad. Tomás se le presenta cómo alguien que necesita una prueba tangible para creer en el acontecer de la post-Resurrección. Felipe le expresa a Jesús la necesidad de ver al Padre; se supone que al Discípulo Amado se le adjudica una intimidad especial con Jesús y Santiago y Juan aspiran estar a la derecha y a la izquierda de Jesús en el reino. Judas, claro está, pone en duda la ocurrencia de usar un perfume caro para lavar los pies de Jesús y termina traicionándole. Los discípulos son decididamente un grupo muy variopinto. Jesús aprende a tratarlos, a animarlos y a sacar lo mejor de cada uno de ellos. Jesús no llama a un único tipo de personas concreto para que le sigan, sino a cada uno según es, con sus propias limitaciones y capacidades.

Es una llamada a reconocer la diversidad en nuestras comunidades, los dones y los límites de las Hermanas: *“Acoger a cada una de nuestras hermanas con una mirada de fe y a aceptar las diferencias cómo una riqueza” (DIA, 21)*

Aprender a valorar los dones de las demás y a descubrir la manera en que pueden ser utilizados para el bien común es algo muy importante. Estamos invitados a llevar a cabo este ministerio de animar a las demás para que hagan uso de los dones que han recibido. (La figura de Bernabé en el Nuevo Testamento nos recuerda esta importante función dentro de la comunidad). A veces, sólo con nuestro impulso, podrá una Hermana encontrar y ejercer sus dones. Ser esta clase de persona es un verdadero regalo para la comunidad, para cada una de las Hermanas y para la Iglesia.

b) Aprender unos de los otros

El mejor modo de conocerse a uno mismo es a través de los demás. Cuando descubro una debilidad en otra persona, entonces puedo empezar a plantearme si existe también en mí mismo y a ver las diferentes maneras en que se puede estar manifestando. Cuando veo en el otro una cualidad, puedo empezar a verla en mí también –si me esfuerzo realmente y lo deseo-. El otro me enseña quién soy y quién puedo llegar a ser. Es una de las ventajas de la vida comunitaria.

“Hay que preparar desde el principio para ser constructores y no sólo miembros de la comunidad, para ser responsables los unos del crecimiento de los otros, como también para estar abiertos y disponibles a recibir cada uno el don del otro, siendo capaces de ayudar y de ser ayudados, de sustituir y de ser sustituidos” (VFEC 24).

Uno se admira al ver lo mucho que aprendieron de Jesús los discípulos. Le preguntaron sobre la oración y Jesús les enseñó el “Padre Nuestro”; en otras ocasiones le preguntaron sobre tal o tal cosa: tantas ocasiones que tuvieron para aprender de Jesús, pero a menudo, sólo comprendieron las explicaciones y enseñanzas de Jesús, con la ayuda del Espíritu Santo. ¡Es normal! nosotros también, comprendemos bien después de haber pasado un cierto tiempo.

Los discípulos sin duda ninguna, también aprendieron mucho unos de los otros. Nos podemos imaginar el tipo de conversaciones que tuvieron lugar entre ellos, cuando reflexionaban sobre alguna de las cosas que hizo y que enseñó Jesús. El Nuevo Testamento nos dice que dieron vueltas a lo que pudo haber

significado lo de la “resurrección de los muertos”; que se sorprendieron al decirles Jesús que era difícil para un rico entrar en el reino de los cielos; que discutieron entre ellos para ver quién era el más grande; que se enfadaron cuando Santiago y Juan quisieron conseguir sitios especiales en el Reino junto a Jesús. Cuando Jesús pregunta a los discípulos que quién dice la gente que es él y quién creen ellos que es él, Pedro responde; los otros discípulos posiblemente lo oyeron y aprendieron.

Para nosotros, ocurre lo mismo si nos dejamos interpelar por las cuestiones y las lecciones que aprendemos de los demás. Es en una comunidad de diálogo y de compartir que aprendemos de los demás. Las experiencias de los demás son ocasiones para aprender: sus éxitos, sus errores, sus progresos...

“Intensificar la calidad de nuestros intercambios comunitarios, especialmente la reflexión apostólica, en un clima de escucha mutua y de diálogo” (DIA p. 21).

Santa Luisa comprendió todo esto y lo recomendó a sus Hermanas:

“Anímense unas a otras y que los buenos ejemplos que mutuamente se den, hagan más que podrían hacerlo las palabras”. (Santa Luisa de Marillac, Correspondencia y escritos C. 467 (L 402 “A las hermanas de Angers, septiembre 1654)

“Renuévense, pues, mis queridas Hermanas, en su primer fervor y empiecen por el verdadero deseo de agradar a Dios, recordando que Él las ha conducido, por su Providencia, al lugar en que se encuentran y las ha unido juntas para que se ayuden mutuamente en su perfección” (Santa Luisa de Marillac, Correspondencia y escritos C. 115 A las Hermanas de Angers, p. 117-119)

Los discípulos aprendieron de Jesús y unos de otros; tenía que ocurrir lo mismo entre nosotros, deberíamos animarnos a compartir nuestra vida y nuestras vivencias. Al hacernos preguntas, al escuchar las respuestas, al compartir nuestras opiniones, ensanchamos nuestra propia experiencia y contribuimos al crecimiento mutuo. Esto es realmente un bien inmenso para la vida comunitaria.

c) AFRONTAR LAS DIFICULTADES

Es también al superar las dificultades que los discípulos también aprendieron alguna cosa, al confirmar, en cierta manera, esta verdad limitada de Nietzsche: *“lo que no nos mata nos hace más fuertes”*. Cuando Pedro camina sobre el agua y luego al desviar su mirada de Jesús se empieza a hundir, seguro que aprendió algo. Cuando Santiago y Juan le piden a Jesús que mande bajar fuego del cielo para destruir la ciudad que les estaba rechazando y Jesús se niega, ellos sacan una lección. Cuando Jesús echa a los mercaderes del templo y eso causa algunos disturbios entre los jefes judíos, los discípulos aprenden algo. Cuando los discípulos arrancan el grano en sábado y Jesús trabaja en sábado, cuando Jesús toca a los “impuros” y habla a la mujer extranjera, cuando come con los cobradores de impuestos, cuando lava los pies de los discípulos, cuando les pide que alimenten a la multitud hambrienta...

Estas experiencias que surgen de desacuerdos y malentendidos, y de las que ellos aprenden. Al releer estos acontecimientos, los discípulos van conociendo a Jesús y se van conociendo a ellos mismos y a los demás.

Podría seguir, pero díganme: ¿serían capaces de hacer una lista con algunos de los momentos difíciles entre Jesús y los discípulos de los que ustedes hayan aprendido algo? En realidad, veo que no es complicado pensar en un situación difícil de la que se saque alguna lección, ni el haber aprendido algo

importante que no venga de una situación complicada. ¿No deberíamos acaso poner a la cruz en el centro de todo esto... “no hay amor más grande”?

¿Y qué decir de nosotros? ¿Aprendemos de las situaciones difíciles que atravesamos en comunidad? ¿Nos ayudan a madurar y a ser más condescendientes y compasivos, más comprensivos? ¿Nos enseñan cosas sobre la misericordia, el perdón y sobre nuestra propia debilidad? El Documento Inter-Asambleas les urge a:

“Afrontad, con valentía y verdad, los desafíos de la vida comunitaria, principalmente con la ayuda de la reconciliación” (DIA, 21)

Las dificultades en nuestra vida apostólica ¿les hacen más cercanos a los pobres a los que sirven y a las situaciones a las que tienen que enfrentarse cada día? La experiencia de comunidad de los discípulos con Jesús es una rica fuente de educación para nosotros.

II. LA COMUNIDAD CRISTIANA EN PENTECOSTÉS

El relato de la primera comunidad el día de Pentecostés, es el tercer ejemplo del que con frecuencia se sirven los documentos de la Iglesia, para describir el estilo de una comunidad cristiana. Recuerden que Jesús había sido resucitado de los muertos y había ascendido al Padre. La comunidad cristiana, incluida María, se encontraba reunida esperando el don del Espíritu Santo, que vendría a llenarlos con la luz de la gracia y la inhabitación de Dios.

Retengamos tres situaciones que puedan dinamizarnos: una comunidad llena del Espíritu, una comunidad eclesial y una comunidad para la misión.

a) UNA COMUNIDAD LLENA DEL ESPÍRITU SANTO

La comunidad, reunida el día de Pentecostés, recibe el don del Espíritu Santo:

“Antes de ser una construcción humana, la comunidad religiosa tiene su origen en el amor de Dios difundido en los corazones por medio del Espíritu, y por él se construye como una verdadera familia unida en el nombre del Señor” (FLIC 8).

Jesús le había prometido a la Iglesia este don, por medio de sus discípulos: *“Y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn 14, 16-17, 26).*

Jesús les dice a sus discípulos que el Espíritu les explicará todo lo que él les ha dicho. Una comunidad llena del Espíritu Santo es ser una comunidad que está siempre abierta y deseosa de nuevas posibilidades, de nuevas formas de expresar y vivir el mensaje evangélico. ¡Qué dicha y emoción el ser una comunidad que vive del Espíritu y responde a sus inspiraciones! Una comunidad abierta a este Espíritu transformador sabe de sus limitaciones, de su necesidad de ayuda. Al igual que los primeros cristianos esperaron este don del Espíritu, así tenemos que esperarlo nosotros también. El DIA lo expresa así ya desde su mismo título: *“Dejémosnos transformar por el Espíritu, fuente de profecía y esperanza”.*

Sabemos cuáles son los dones que nos trae el Espíritu: ciencia, sabiduría, inteligencia, fortaleza, consejo, piedad y temor del Señor. La necesidad que tiene una comunidad, y especialmente una comunidad cristiana, de estos dones es clara. Ellos construyen y sostienen un grupo comprometido a la hora de vivir juntos los valores cristianos. El Espíritu capacita a la comunidad para que tome las decisiones adecuadas y sea fiel a su carisma. También ayuda a los miembros de la comunidad a desear las enseñanzas de Jesús y a ponerlas más radicalmente en práctica, en su vivir de cada día.

b) UNA COMUNIDAD ECLESIAL

Nos reunimos cómo Iglesia. Escuchen lo que va a caracterizar a la primera comunidad cristiana llena del Espíritu de Dios:

“La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos. Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía. No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad” (Hch 4,32-35).

Este texto subraya el lugar del compartir y de la preocupación de unos por otros en la comunidad cristiana. Sus miembros han interiorizado tan bien el sentido de la comunidad que la necesidad de cualquiera de ellos se vivía como algo que afectaba a todos los demás. Esta imagen simboliza nuestras comunidades: compartir generosamente nuestras pertenencias y no poseer recursos especiales únicamente en bien nuestro, excluyendo así las necesidades legítimas de los demás. Esto se contrapone al deseo, muy común en la actualidad, de protegerse a uno mismo frente a la incertidumbre del futuro. Nosotros afrontamos el futuro como comunidad, con la intención de proveernos para él con lo que haga falta, pero juntos.

Esta comunidad eclesial está también descrita en los Hechos de los Apóstoles en estas asombrosas líneas: *“Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunidad, a la fracción del pan y a las oraciones”* (Hch 2,42). Estos cuatro elementos que favorecen y fortalecen la vida de la Iglesia están también presentes en nuestras *Constituciones* y en el Documento Inter-Asambleas. Permítanme que nos fijemos de forma especial en el tercer elemento: la fracción del pan expresión utilizada por los primeros cristianos para hablar de la Eucaristía.

Desde el principio, el carácter de la comunidad fue definido por el modo cómo ésta se reunía para la Eucaristía: a quién se invitaba y a quién se excluía, cómo se acogía a Jesús y cómo se le rezaba. A lo largo de la historia, la Iglesia ha profundizado mucho la teología y la práctica de la Eucaristía. Actualmente hablamos de ella cómo de la “fuente y cumbre” de nuestra vida cristiana. Eso es lo que debe ser para cada uno de nosotros y para nuestras comunidades. Ha de ser el lugar en el que celebramos nuestra unidad y nuestra igualdad, el lugar en el que sentimos hambre de Dios y en el que esta hambre nos es saciada.

“La venida del Espíritu Santo, el don por excelencia concedido a los creyentes, realice la unidad querida por Cristo. Comunicado a los discípulos reunidos en el cenáculo con María, el mismo Espíritu dio visibilidad a la Iglesia, que desde el primer momento se caracteriza como fraternidad y comunión en la unidad de un solo corazón y de una sola alma”(cf Hch 4, 32) (FLIC 9).

c) UNA COMUNIDAD PARA LA MISIÓN

En Pentecostés, después de haber recibido el don del Espíritu, los primeros cristianos fueron enviados en misión: comenzaron a hablar en diferentes lenguas, es el comienzo de la proclamación del Evangelio.

“Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse”(Hch 2, 1-4).

Muchos de los documentos de la Iglesia afirman que una comunidad religiosa es una comunidad para la misión. Por ejemplo, en “La Vida Fraterna en Comunidad” (1994) leemos:

“Recuerden que la misión apostólica está confiada en primer lugar a la comunidad y que esto con frecuencia lleva consigo también la gestión de obras propias del instituto. La dedicación a ese apostolado comunitario hace que la persona consagrada madure y la lleva a crecer en su peculiar camino de santidad”. (VFEC 40d)

Los religiosos y las religiosas son enviados a servir a los demás. La Compañía de las Hijas de la Caridad es apostólica por naturaleza. En el Documento Inter-Asambleas se dice que *“testigos de la caridad de Cristo con vuestros servicios, vuestras vidas y vuestra proximidad de vida con los pobres”* (DIA 13). Al pronunciar los votos, las Hijas de la Caridad, se entregan *“por entero y en comunidad al servicio de Cristo en los pobres”* (C. 7a). Siempre y en todo lugar, es la caridad puesta en práctica la que define el carácter y sentido de nuestro carisma.

CONCLUSIÓN:

Como seres humanos, estamos creados para vivir juntos, en comunidad. Es el contexto de la Eucaristía. La Iglesia invita a las comunidades cristianas y a las comunidades Trinidad, símbolo de unidad y de diversidad. La primera comunidad cristiana llamada a compartir y actuar al servicio de los demás. Las comunidades se reúnen por medio de un amor mutuo, que tiende hacia el amor divino y abraza el amor humano. El Espíritu santo juega un papel importante en el desarrollo de las comunidades, el apoyo mutuo y el crecimiento de las personas. La vida consagrada se ve reforzada y renovada por las personas que juntas la abrazan. El documento Vita Consecrata nos enseña que:

“Para las personas consagradas, que se han hecho « un corazón solo y una sola alma » (Hch 4, 32) por el don del Espíritu Santo derramado en los corazones (cf. Rm 5, 5), resulta una exigencia interior el poner todo en común: bienes materiales y experiencias espirituales, talentos e inspiraciones, ideales apostólicos y servicios de caridad. «En la vida comunitaria, la energía del Espíritu que hay en uno pasa contemporáneamente a todos. Aquí no solamente se disfruta del propio don, sino que se multiplica al hacer a los otros partícipes de él, y se goza del fruto de los dones del otro como si fuera del propio» (VC 42)

Los que responden a la vocación religiosa deben responder a muchos desafíos para vivir la vida comunitaria, pero igualmente reciben muchos beneficios. Oremos para que el Espíritu que nos reúne en comunidad nos de el deseo y la disponibilidad para vivir bien esta vida comunitaria y aportar un apoyo a las Hermanas con las que vivimos, así como a los pobres a quienes servimos.

Padre Patrick GRIFFIN, cm

Director general

Llamadas a ser testigos de la radicalidad evangélica.

Introducción

Es para mí una gran alegría encontrarme con ustedes, Hermanas de entre 11 a 24 años de vocación, procedentes de diferentes países y Provincias de la Compañía.

Además de su grupo, hay en el mundo 1.692 Hermanas que pertenecen a esta franja de edad de vocación; ellas comparten sus sueños y esperanzas y, sin ninguna duda, afrontan los mismos desafíos que ustedes.

Este encuentro, como saben, tiene por objetivo una revitalización espiritual y vicenciana, tal es en efecto, la expresión que escogimos en el Consejo general durante nuestro discernimiento sobre la formación organizada a nivel internacional. Esto quiere decir que ustedes se benefician durante este Encuentro, de una ocasión muy especial para releer los años pasados en la Compañía, para agradecer al Señor el don de su vocación y abrir su corazón a la gracia que el Señor no deja de enviarnos cada día a todas.

¿Por que están ustedes aquí? Para hacer un alto: “*venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco*”^{xxii}. Me gustaría invitarlas a hacer un alto al borde del camino, recogerse en lo íntimo de su corazón para releer, con los ojos de la fe, su recorrido desde la primera llamada. Esto les permitirá ver dónde se encuentran y hacia donde les conduce el Espíritu Santo. Estoy segura de que desearán profundamente ponerse a la escucha del Señor en el silencio de su corazón y experimentar su amor por ustedes.

Ya saben que, desde los orígenes, la Compañía ha optado por la radicalidad evangélica para seguir a Cristo y continuar su misión^{xxii}. Pregúntense con frecuencia, en la reflexión y en la oración, cómo viven su vocación, hacia dónde se dirigen sus energías, cuáles son sus preocupaciones y prioridades, cómo se sienten espiritualmente. En definitiva, se trata de hacer una revisión de vida, de ver cómo responden a la llamada del Señor y lo que hacen para cultivar el don de la vocación, este tesoro que todas, cualquiera que sea nuestra edad, llevamos en vasijas de barro^{xxii}.

Deseo compartirles unas sencillas reflexiones sobre el tema que he escogido: “Llamadas a ser testigos de la radicalidad evangélica”, con los pobres, con la Iglesia y en el mundo. Esta reflexión se desarrollará en tres etapas:

- La radicalidad evangélica en la perspectiva del amor
- La llamada a dar testimonio de la radicalidad evangélica
- De ayer a hoy : Testigos de la radicalidad evangélica

I. LA RADICALIDAD EVANGÉLICA EN LA PERSPECTIVA DEL AMOR

1.1 DEJARSE FASCINAR POR JESUCRISTO

Al comienzo de esta reflexión, me gustaría evocar el pasaje del Evangelio en el que Jesús invita a sus discípulos a remar mar adentro^{xxii}, porque sé que esta imagen nos ayudará a captar lo que implica seguir a Jesús con radicalidad, dejando todo por él.

Trasladémonos con el pensamiento a orillas del mar (o al lugar en el que ustedes mismas percibieron con claridad la llamada del Señor). A su lado, Jesús les invita de nuevo, como lo hizo ese día, a subir a la barca, alejarse de la orilla y dirigirse mar adentro, hacia alta mar. La radicalidad evangélica tiene, en efecto, como base de partida, punto de apoyo, la experiencia gozosa, maravillosa del encuentro con Jesús, una atracción y una fascinación por su persona. Después del encuentro con Cristo, nada es igual. Se trata de una experiencia decisiva que nos cambia y nos marca para siempre.

Los Evangelios nos muestran como Andrés y Juan los primeros, y luego Pedro, Felipe, Natanael, Mateo se dejaron fascinar por Jesucristo. Más tarde, otras muchas personas han encontrado al Señor Jesús y su vida ha cambiado totalmente porque *“dejándolo todo, lo siguieron”*^{xxii}. Dejar todo por amor es la clave de la radicalidad evangélica. Me parece importante que comprendamos bien que el centro de la radicalidad, es el amor. La radicalidad se distingue de la rigidez, de la tensión, del estoicismo voluntarista o de la exaltación; es igualmente muy diferente del perfeccionismo, que puede acecharnos a todos.

Para nosotras, Hijas de la Caridad, vivir la radicalidad evangélica, supone ir a la raíz de la vocación y profundizar la llamada, amar a Jesucristo sin poner nada por encima de este amor, con miras al servicio de los pobres.

San Vicente describe a la perfección esta respuesta radical a la llamada, cuando afirma que para ser Hija de la Caridad, hace falta dejarlo todo: padre, madre, bienes, proyectos de futuro y olvidarse de una misma. Es lo que el Señor nos enseña en el Evangelio^{xxii}.

¿Han dejado en la orilla todo lo que puede impedir vivir la vocación con un amor generoso y gozoso?

1.2 Velar por el tesoro de la vocación

Quien descubre el tesoro de la vocación y lo acoge como el más hermoso regalo recibido en su vida, lo guarda y permanece vigilante para que nada, ni nadie pueda separarle del amor de Cristo^{xxii}. ¿Irradian la alegría de quien ha encontrado el tesoro de su vida? ¿Cuidan bien de su vocación?

Para cuidar este tesoro, es preciso cultivar una profunda vida de oración, alimentada por la escucha de la Palabra de Dios, por la vida litúrgica y sacramental (especialmente la Eucaristía y la Reconciliación), porque *“si no creéis, nos subsistiréis”*^{xxii}.

Me gustaría realzar la importancia de la Eucaristía, porque es alimento para nuestra vocación. Santa Luisa en varias ocasiones expresó su amor por la Comunión y su preocupación por prepararse bien. Su pensamiento es de una delicadeza extraordinaria: *“La otra razón que tenemos para darnos a Dios con el fin de comulgar bien, es la gratitud que debemos tener por el amor que El nos ha manifestado al darse a nosotros en la sagrada Comunión; lo que nos exige manifestar a Nuestro Señor un amor en cierto modo recíproco, deseando con todo nuestro corazón recibirle ya que con todo su Corazón quiere El darse a nosotros. Su amor me ha parecido todavía mayor al considerar que habiendo bastado su Encarnación para redimirnos, parece que el darse a nosotros en la Sagrada Hostia, es puramente para nuestra santificación, no sólo aplicándonos los méritos de su Encarnación y Muerte, sino también dándonos, como su bondad quiere hacerlo, una comunicación de todas las acciones de su vida y haciéndonos entrar en la práctica de sus virtudes, pues desea seamos semejantes a El gracias a su amor”*^{xxii}.

El pensamiento de Santa Luisa se encuentra en la Constitución 19 b «*Las Hermanas son conscientes de la importancia vital de la Eucaristía, centro de su vida y misión, encuentro esencial, cada día, con Cristo y con los hermanos.*».

¿Cómo viven la Eucaristía? ¿Disponen de un momento para preparar el corazón, el espíritu y el cuerpo y luego, dedican algunos minutos de silencio para la adoración y la acción de gracias? ¿Reciben regularmente el sacramento de la Reconciliación?

San Vicente animaba a las Hermanas a acercarse a este fuego, para que se dejasen invadir por el amor de Cristo, después, para atraer a Cristo por su caridad y buen ejemplo a los que servían. “*La persona que comulga bien, lo hace todo bien*”^{xxii}.

La unión con Cristo, alimentada por la Comunión diaria y la oración, les ayudará a descubrir su presencia, incluso en los momentos de dificultad o de desencanto, como fue el caso de los apóstoles, quienes después de una noche de esfuerzos infructuosos, fueron a El para contarle su decepción^{xxii}.

En su camino vocacional, seguro que han experimentado algunas dificultades, períodos de obscuridad y tentaciones. En tales momentos de crisis, es necesario comprender bien lo que ocurre y buscar las causas; oren con confianza, busquen ayuda, déjense orientar. Tienen a su lado una Hermana Sirvienta que acompaña a las Hermanas de la Comunidad en el recorrido diario de la vocación, ábranse a ella. La Visitadora y el Director provincial están igualmente disponibles para ayudarlas.

Escúchense a ustedes mismas y comprueben si su trayectoria vocacional madura y se profundiza regularmente, lo que es signo de buena salud. Si tienen síntomas de tibieza, de enfriamiento, apliquen rápidamente los remedios antes de que sea demasiado tarde.

Por el hecho de su edad y años de vocación, se encuentran en una etapa crítica que requiere una toma de posición lúcida ante las exigencias de la vocación. La fidelidad a la vocación implica rupturas claras y desprendimientos concretos. A veces, estas palabras de rupturas y desprendimientos sorprenden o incluso asustan, cuando aún no se ha profundizado bien el valor evangélico de la llamada del Señor a dejarlo todo por su amor. Cuando está bien entendido y se asume el ideal vocacional de las Hijas de la Caridad, estas palabras llegan a tener pleno sentido, porque se trata de rupturas y desprendimientos que nacen del amor y hacen crecer el amor. La persona que ama está dispuesta a todo.

Permítanme decirles de nuevo que su preocupación principal debe ser la de velar por la fidelidad a su vocación. Pueden contar con el apoyo de su Comunidad local para aprender a caminar y a vivir con autenticidad, alegría, disponibilidad, gratuidad. Amen la vida fraterna, participen con alegría e interés en la vida comunitaria, hagan felices a sus Hermanas.

Santa Luisa estimulaba a las Hermanas a mantener una relación afectuosa, cordial: “*Alabo a Dios con todo mi corazón por la gracia que su bondad les ha concedido de ser buen olor ahí donde se ha complacido en emplearlas; pero cuiden bien de agradecersele con la práctica de las virtudes que El pide de ustedes, sobre todo una gran cordialidad y buena inteligencia entre las dos. ¿Estoy equivocada en recomendarles esta virtud sin la que no podrían no ya ser buenas Hijas de la Caridad, sino ni siquiera buenas cristianas?*”^{xxii}.

En su crecimiento vocacional, disponen de una gran ayuda, la de la formación, camino de conversión, fuente de revitalización y renovación con miras a la radicalidad evangélica de su don, de la calidad de su vida fraterna y de su testimonio.

Conserven la costumbre de la lectura personal y de la reflexión. Preparen con cuidado los encuentros comunitarios de intercambios y formación, participen en los mismos con interés. Cultiven con seriedad la interioridad, factor de equilibrio personal y de armonía vocacional. Es esencial que trabajen a fondo -en Comunidad si es posible- los documentos de la Iglesia, que leerán de nuevo y profundicen los escritos de los Fundadores, que estén bien impregnadas del espíritu de las Constituciones y Estatutos, que estén atentas a las orientaciones de la Compañía.

Deseo además, poner de relieve la importancia de la formación continua, la capacidad de aprender de la vida diaria (la autoformación), escuela formadora y dinamismo esencial para vivir la radicalidad evangélica. Permanezcan profundamente enraizadas en el amor de Jesucristo, así afrontarán con valentía las dificultades que se presenten.

1.3 BUSQUEN LO QUE AGRADA AL SEÑOR GRACIAS AL DISCERNIMIENTO EVANGÉLICO

Ustedes forman parte de una generación fuertemente maltratada por corrientes ideológicas que, como un poderoso tsunami, sacuden el mundo actual, hacen tambalear lo que creíamos muy sólido y nos obligan a realizar un discernimiento adecuado. Me gustaría insistir sobre la necesidad de utilizar el discernimiento evangélico para vivir la radicalidad y afrontar lúcidamente los desafíos del mundo actual.

El discernimiento es una actitud permanente, una manera de vivir diariamente a la escucha del Espíritu. San Pablo exhortaba a los destinatarios de sus cartas a no conformarse, ni amoldarse al mundo, sino a transformarse por la renovación del espíritu para conocer *“cual es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto”*^{xxii}.

El discernimiento evangélico es un camino hacia el amor. Sabemos que un amor vivo no encuentra nada difícil e incluso si lo encontrara, lo transformaría en algo dulce y agradable. Santa Luisa decía a las Hermanas enviadas a Serqueux: *“Tengan un gran corazón que no encuentre nada difícil por el santo amor de Dios,…”*^{xxii}. Quien ama logra hacer fácil lo que es difícil.

En una sociedad en la que los valores y los contravalores están mezclados y, a veces se confunden, me parece esencial que ustedes, Hermanas de 11 a 24 años de vocación, sean conscientes de la necesidad del discernimiento para examinar con sensatez las realidades actuales y quedarse con lo bueno^{xxii}.

Pueden constatar cómo, en el mundo actual, existe sed de espiritualidad, y cómo al mismo tiempo, el secularismo gana terreno. En varios círculos, se respira una especie de neopaganismo cuyos ídolos se llaman: búsqueda del placer, culto a la imagen, sed de poder. Hoy, algunas corrientes de espiritualidad se alejan de la auténtica fe, del Credo de la Iglesia. Entre ellos señalo el eneagrama, que no es conforme con la fe católica y que no tiene base científica sólida y que sin embargo goza de un cierto entusiasmo. La fe de la Iglesia nos enseña que es Jesucristo quien revela la verdad sobre la persona humana y nos da la gracia para vivir en plenitud.

El discernimiento es pedagógico y conduce a una toma de decisión, es un camino para la verdadera libertad frente a las maniobras del maligno. Si nos dejamos iluminar y conducir por el Espíritu, sabremos sostener todo lo que contribuye a la dignidad de la persona humana, a la defensa de la vida, a la promoción de la justicia, la paz y la solidaridad. Estaremos preparadas para adoptar una actitud crítica ante los contravalores que se oponen a la vida; podremos reaccionar con valentía ante las trampas de la secularización, la tentación del hedonismo y ante cualquier forma de injusticia.

La trama de nuestra vida diaria pasa también por el discernimiento, por ejemplo con relación al estilo de vida, al empleo del tiempo. El Documento Inter-Asambleas nos pide que revisemos nuestro ritmo de vida para favorecer la calidad de nuestro ser de Hija de la Caridad^{xxii}. La relectura de vida^{xxii} es un

ejercicio diario de discernimiento evangélico para descubrir la acción del Señor en nuestra vida, para dejarnos conducir por el Espíritu y crecer en fidelidad.

Me gustaría comentar con ustedes la diferencia que existe entre lo normal y lo frecuente, es decir lo que se hace habitualmente. Podemos pensar que todo lo que es frecuente es normal, pero si se hace un buen discernimiento, vemos que no es el caso. Estamos convencidas de que el Evangelio, las Constituciones y Estatutos son la referencia para realizar el discernimiento, no es ni la moda, ni lo que hacen los demás, ni lo que vemos hacer con frecuencia.

II LA LLAMADA A DAR TESTIMONIO DE LA RADICALIDAD EVANGÉLICA

2.1 Viviendo su vocación con autenticidad y coherencia

La autenticidad está unida a la verdad; en cuanto a la coherencia, consiste en ajustar su vida al proyecto vocacional por el que se ha optado. La autenticidad y la coherencia permiten transparentar la identidad. Las dos van más lejos que las palabras, se leen en las actitudes y los hechos que ya son una manera de evangelización.

Cuando la identificación con la vocación es débil, se vive de una manera superficial, como un trabajador social que realiza un servicio humanitario. Puede ocurrir que nos encontremos a gusto con algunos aspectos del servicio de los pobres sin estar, sin embargo, plenamente identificada con el ser de Hija de la Caridad. Si la identidad se debilita, los proyectos personales prevalecerán sobre la misión de la Compañía. La vocación se arrastra sin entusiasmo e, imperceptiblemente, la persona se desliza por la pendiente de la rutina, de la pasividad y de la indiferencia; sobreviene el desencanto, la identidad se desmorona, se difumina, a veces incluso se convierte en una molestia y tratamos de ocultarla. ¿Se sienten felices, orgullosas de ser Hijas de la Caridad? Cuando se pierde de vista el ideal de seguir a Jesucristo y de pertenecerle totalmente sirviéndole en la persona de los pobres, surgen síntomas alarmantes: el individualismo o la superficialidad; trabajos mediocres que conducen a vivir bajo mínimos, a buscar lo más fácil, lo más cómodo, desinterés y pasividad en la vida comunitaria; en este momento el esfuerzo no tiene ningún sentido y se piensa más en derechos que en deberes. Se busca realizar los primeros papeles en el servicio y esto lleva al ejercicio de una profesión o a un modo de actuar rutinario, sin impulso carismático.

Sería conveniente que cada una de ustedes se interrogase sobre cómo vive la vocación y también, cómo se la ven vivir las personas que las rodean. ¿Ven una Hija de la Caridad, o más bien una enfermera, una profesora, una educadora, una trabajadora social? En una ocasión, una Hermana recibió una confidencia conmovedora por su ingenuidad: Hermana, le dice una de sus alumnas, no puedo imaginarla más que como Hermana.

Tratemos de evocar cuales son los signos de identidad vocacional y de pertenencia a la Compañía, los rasgos de familia comunes a las Hijas de la Caridad -modo de comportarse, de pensar, de vivir, de servir-, que nos caractericen allí donde vivimos. Cuando el amor a la vocación está bien enraizado, la espiritualidad está plenamente integrada, se asumen las mediaciones, se vive la pertenencia en comunión con todos los miembros de la Compañía. ¿Son reconocidas como Hijas de la Caridad allí donde la Compañía les ha enviado? Les sugiero que en su reflexión personal y en el trabajo que realizarán en grupo, hagan una especie de esquema, descripción de la identidad y de la pertenencia, indicando los rasgos esenciales que la caracterizan.

2.2 ADHIRIÉNDOSE AL PROGRAMA DE VIDA DE LAS BIENAVENTURANZAS Y ASUMIENDO LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS.

El Catecismo de la Iglesia explica que las bienaventuranzas son el centro de la predicación de Jesús. Su anuncio vuelve a tomar las promesas hechas al pueblo elegido desde Abrahán, las cumple ordenándolas no en el único gozo de una tierra, sino del Reino de los cielos. Describen el rostro de Jesús y describen la caridad^{xxii}.

Las Bienaventuranzas responden al deseo de felicidad que Dios ha puesto en el corazón del hombre. La bienaventuranza prometida nos sitúa frente a opciones morales decisivas, nos invita a purificar nuestros corazones, a buscar el amor de Dios más que todo. Nos enseña que la verdadera suerte no reside ni en la riqueza o el bienestar, ni en el éxito, la gloria humana o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, sino solamente en Dios, fuente de todo bien y de todo amor. Las Bienaventuranzas modifican y ensanchan el horizonte de nuestra manera de pensar, sentir y actuar, son un programa de vida a propósito de las actitudes, las acciones y de la relación con los demás. El espíritu de las bienaventuranzas ofrece novedad, belleza, asombro. Los bienaventurados son los pobres, los perseguidos, los afligidos. Los mansos, los misericordiosos, los que tienen el corazón puro son fuertes; los humillados, incomprendidos o perseguidos triunfan.

Un corazón pobre es capaz de sufrir, de compartir. Vive en paz y con gozo en medio de las dificultades, hasta la persecución. El pobre tiene a Dios como a su único tesoro y en su corazón no hay nada que lo aleje de él. Vivir la mansedumbre es dejarse guiar sencillamente por la voluntad de Dios, sin poner resistencias. La persona que llora es la que sufre por los demás, lucha y ora para combatir el pecado del mundo. Una mirada pura, un corazón compasivo, misericordioso embellecen la vida y el vivir juntas. Irradiar paz, actuar con justicia, es construir una humanidad mejor.

Los Fundadores vivieron profundamente impregnados del espíritu evangélico, con la mirada fija en Jesucristo. La principal virtud de san Vicente, según su primer biógrafo Abelly, fue la imitación de Jesucristo, a quien tenía siempre ante sus ojos para conformarse a El. Jesús era su libro y su espejo, se miraba en El en todo momento, le gustaba preguntarse cómo actuaría nuestro Señor. *Quid nunc Christus?* Santa Luisa tenía la costumbre de leer diariamente el Evangelio y lo tenía inscrito en el empleo del tiempo de las Hermanas para animarlas a la práctica de las virtudes y al servicio de los pobres, a imitación del Hijo de Dios^{xxii}. San Vicente y santa Luisa deseaban que la Compañía estuviera animada por el espíritu evangélico. *“Dios quiere que las Hijas de la Caridad se dediquen especialmente a la práctica de tres virtudes, la humildad, la caridad y la sencillez.”*^{xxii}, este espíritu evangélico que anima a la sierva de los pobres. Con este mismo espíritu, las Hijas de la Caridad asumen y practican los consejos evangélicos para poder realizar el fin de la Compañía: el servicio de los pobres, a ejemplo de Jesús servidor y evangelizador.

¿Nuestra vida está impregnada de la savia del Evangelio que nos conduce a vivir el programa de las Bienaventuranzas y los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, que asumimos por los votos?

En la vida de la Iglesia los votos han tenido siempre un impulso espiritual, una expresión de radicalidad en el seguimiento de Cristo. Con la emisión y la renovación de los votos, las Hijas de la Caridad confirman su compromiso, don total a Dios, modelo radical de seguir a Cristo, sirviéndole en los pobres. Esta vida entregada es una respuesta a la llamada de Dios a vivir las exigencias evangélicas que contienen la consagración bautismal. Como todas sabemos, el servicio es la expresión del don total a Dios en la Compañía y, al mismo tiempo mirada de fe y puesta en práctica del amor^{xxii}. Si la mirada de fe debilita, el servicio no se distingue de un voluntario social, como el de las personas que ofrecen su tiempo a los demás

por razones humanitarias: *“La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda”*^{xxvii}. Es pues esencial hacer crecer la mística del servicio que lleva a reconocer, contemplar y amar a Cristo en el pobre^{xxiii}. Es capital vivir plenamente las actitudes evangélicas de la sierva, una actitud de gratuidad y de gozosa dependencia. Es un camino que ayudará a los pobres a descubrir que Dios les ama y que está con ellos. Debemos manifestar nuestras motivaciones y el por qué de lo que hacemos, hasta el anuncio explícito de Jesucristo y de su Evangelio, como el mejor servicio que podemos ofrecer a los pobres^{xxii}.

En el contexto de una cultura hedonista, el consejo evangélico de la castidad es un don que *“libera el corazón y lo ensancha a las dimensiones del Corazón de Jesucristo, para una entrega incondicional y una total disponibilidad al servicio de los pobres”*^{xxii}. El don total a Dios implica la ofrenda de toda nuestra persona, de lo que somos, de lo que tenemos. El tiempo que se nos ha dado, no nos pertenece, la salud, los talentos, las fuerzas y las posibilidades, todo esto se transforma en una ofrenda gozosa. Me gustaría señalar un punto importante, al de los afectos que pueden derivar en apegos y dependencias. Convendría revisar periódicamente en que punto están a este nivel, porque allí donde están sus pensamientos, sentimientos, afectos, su corazón, allí está su tesoro. Quisiera animarlas a ver claramente qué apegos, qué dependencias, deben romper. El Señor no se cansa de llamarlas a vivir la radicalidad del don total.

En el contexto de nuestra sociedad de consumo mundial, las Hijas de la Caridad viven la pobreza a ejemplo de Cristo que lo asumió en espíritu de abandono al Padre y signo de su misión en el mundo^{xxiii}. La pobreza y la confianza en la Divina Providencia son piedras de fundación sólidas para la Compañía, *“mientras guardéis esta regla y améis la pobreza, Dios bendecirá a la Compañía”*^{xxii}, nos dice san Vicente. Es una llamada apremiante a aceptar las condiciones de vida de los pobres, las incomprendiones, sufrimientos y dificultades, en solidaridad con ellos, identificadas con ellos, que son los excluidos de una sociedad para la que ellos no cuentan. ¡Los pobres soportan todo! Y nosotras debemos estar contentas de ser tratadas como ellos, nunca mejor que ellos.

En el contexto de la sociedad actual, que tiene en alta estima la libertad y la autonomía personal, en seguimiento suyo, y bajo la moción del Espíritu Santo, las Hijas de la Caridad hacen a Dios la ofrenda total de su libertad^{xxiii}. La vocación de una Hija de la Caridad se mantendrá si vive la obediencia, si busca y acepta la voluntad de Dios. *“Mientras la Compañía tenga esta santa virtud, permanecerá en pie; pero cuando le falte, vendrá la decadencia”*^{xxii}. Estoy segura de que la obediencia no les resulta siempre fácil y me gustaría que intercambiaran entre ustedes sobre este tema, que se hiciesen preguntas. Espero que hayan tenido la ocasión de leer el documento sobre el servicio de la autoridad y de la obediencia, publicado por la Congregación para los Institutos religiosos y Sociedades de vida apostólica.

2.3 IRRADIANDO LA ALEGRÍA DE CREER Y DANDO RAZÓN DE SU ESPERANZA

Irradiar la alegría y dar razón de la esperanza que las habita, ¡es un gran desafío! Se dice que el mundo está enfermo por falta de esperanza y que la alegría se compra a un precio muy elevado. ¿A qué es debido? ¿por qué? Por todas partes, vemos el terrible espectáculo de la violencia bajo todas sus formas: guerras, terrorismo, imposibilidad de vivir juntos, malos tratos. En cada uno de sus países, vivir juntos en sociedad es complicado, por las grandes diferencias económicas y sociales entre las personas y la falta de solidaridad, justicia, de paz a nivel de las relaciones internacionales. Todo esto empaña la alegría y debilita la esperanza.

El Papa Francisco en la homilía del domingo de Ramos nos invitó a vivir la alegría, a combatir el desánimo y la tristeza. La verdadera alegría nace del encuentro con Jesús, somos conscientes de que El nos

acompaña: en esto reside nuestra alegría, la esperanza que debemos compartir al mundo. A todos, demos la alegría de la fe. *“La cruz de Cristo, abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza, sino a la alegría”*^{xxii}.

La alegría y la esperanza tienen su origen en una vida centrada en Cristo, unida a El. Son contagiosas, irradian. Descubramos de nuevo la alegría de creer, el entusiasmo en transmitir la fe, de comunicarla^{xxii}. Creamos, crean más en la fuerza del Espíritu, que puede a través de nuestras pobrezas y debilidades cambiar el mundo.

La alegría y la esperanza permiten mirar la realidad de manera positiva, poner de relieve los aspectos constructivos y bellos de todos los acontecimientos. La esperanza *“Es un don que cambia la vida de quien lo recibe, como lo muestra la experiencia de tantos santos y santas”*^{xxii}. Con que fuerza San Pablo se dirigía a los cristianos de Tesalónica: *“nos os aflijáis como los que no tienen esperanza”*^{xxii}.

Me gustaría animarlas a irradiar el gozo de creer y a dar testimonio de su esperanza. Continúen trabajando con entusiasmo y perseverancia en la pastoral juvenil y vocacional. Las nuevas generaciones necesitan guías que les tracen objetivos claros y altos, necesitan recibir una orientación que les ayude a preguntarse sobre el sentido de su vida, de su vocación.

Nuestras Constituciones subrayan la función del testimonio del don generoso y de la alegría en la pastoral vocacional: *“Cada una, al tratar de vivir con alegría y en plenitud su respuesta personal al Señor, fortalece la fidelidad de sus Hermanas y contribuye, a la vez, al despertar de nuevas vocaciones”*^{xxii}. Continúen abriendo caminos para los jóvenes, mostrándoles la belleza del seguimiento de Cristo y la grandeza de servir a los pobres. Es necesario promover una cultura de la vocación que reconozca y acepte la aspiración humana profunda que lo llevará a descubrir que sólo Cristo puede decir toda la verdad sobre su vida^{xxii}.

Ayúdenles a tomar conciencia de su responsabilidad en la Iglesia y a comprometerse al servicio de los más desheredados^{xxii}. Háblenles de su vocación, muéstrenles con el lenguaje de su vida que las Hijas de la Caridad son felices. ¡Que los pobres y las personas que les rodean puedan darse cuenta de que en verdad Jesucristo es su única esperanza!

III DE AYER A HOY: TESTIGOS DE LA RADICALIDAD EVANGÉLICA

1.1 CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO

Los apóstoles y los discípulos de Jesús experimentaron un cambio radical en sus vidas cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos el día de Pentecostés. Es fascinante, en efecto, constatar el cambio radical que se realiza en la vida de Pedro y Pablo, de san Agustín y otros santos en su encuentro con Jesucristo. Cómo su llamada les toca al corazón, cómo no pudieron ponerle resistencia. Se dejaron cautivar por su amor y lo dejaron todo por El. En ellos se refleja la fuerza transformadora del Espíritu Santo. Ni el rechazo, ni la incompreensión, ni la cárcel, ni la persecución, ni el martirio o la muerte los separan del amor de Cristo.

3.2 BAJO EL IMPULSO DE LA CARIDAD DE CRISTO

Volvámonos ahora hacia san Vicente y santa Luisa. Ellos fueron testigos de la radicalidad evangélica. Su vida totalmente entregada, su compromiso total inspirado y motivado por el amor hablan con fuerza. Nada, ni nadie pueden poner trabas a su deseo, a su entusiasmo, a su alegría de servir a los pobres como se corre a apagar un fuego^{xxii}.

Tanto nuestras primeras Hermanas como otras muchas generaciones, supieron asimilar a la perfección el mensaje de radicalidad evangélica que vivieron nuestros Fundadores. Margarita Naseau vivió

su vocación, su don total con un espíritu de sacrificio que llega hasta el heroísmo. *“Ayunó muchas veces días enteros, habitó en sitios en donde no había más que paredes. Sin embargo, se dedicaba a veces de día y de noche a la instrucción, no sólo de las niñas, sino también de las personas mayores, y esto sin ningún motivo de vanidad o de interés, sin otro plan que el de la gloria de Dios”*^{xxii}. Jeanne Dalmagne, cuya caridad no se limita a Nanteuil, quiso con el permiso de los Superiores, servir a los habitantes de los pueblos vecinos, a pesar de su cansancio y sus enfermedades. Sor Andréé se reprochaba haber tenido demasiado placer al servir a los pobres: *“volaba, tanto gozaba al servirles”*^{xxii}.

Vayamos a Brasil, en 1853, pocos meses después de la llegada de las Hermanas, una epidemia de fiebre amarilla hace siete víctimas entre ellas. Fueron mártires de la Caridad, ya que rechazaron la propuesta ofrecida por las autoridades de retirarse. Estamos preparadas a morir, dijeron las Hermanas, antes que dejar el servicio de los pobres.

Algunos años más tarde, en China, en 1876-1877, seis Hermanas mueren víctimas del tifus. También fueron mártires de la Caridad. Eran Hermanas más o menos de su edad; las dos más jóvenes tenían 26 y 29 años, otras dos un poquito más y la mayor tenía 45 años. ¡Cómo resplandecieron en ellas el amor de su vocación! Con que gozo afrontaron la muerte; morir Hija de la Caridad en China, qué honor, dijo una de ellas. Otra Hermana entonó el Ave Maris Stella, invocando a la Virgen María, estrella del mar, pidiendo su ayuda para el último pasaje.

La geografía de la radicalidad evangélica, el perfume de caridad, no conoce ni límites, ni fronteras. En todos los continentes, en lugares muy alejados, de manera intrépida, ya sea en el tumulto de las barricadas como Sor Rosalía Rendu o en el valiente silencio del servicio diario como santa Catalina Labouré, es verdaderamente la caridad de Cristo la que las impulsó a darlo todo, a darse ellas mismas para que los pobres pudieran vivir y sobre todo conocer a Dios y descubrir que es Padre. Recordemos también a nuestras Hermanas recientemente beatificadas: Sor Lindalva, Sor Giuseppina, Sor Marta, Sor Margarita y las que lo serán en el mes de octubre, las mártires de la fe del siglo XX en España..., todas, de un modo o de otro, dieron su vida por Cristo y por los pobres.

Para termina, quisiera mencionar un hecho que tuvo lugar aquí en la Casa Madre en la sala de retiro, no en el lugar donde nos encontramos hoy. Fue en 1870, 30 Hermanas acababan de morir en Crimea, como consecuencia del cólera que habían contraído atendiendo a los enfermos. La Superiora general de la época, Sor Félicité Lequette, habló a las Hermanas que hacían el retiro en la Casa Madre. Pidió que se levantaran voluntarias para remplazar a las hermanas difuntas... todas las Hermanas se pusieron de pie.

1.2 MANTENIENDO LA CARIDAD VIVA

Sin ninguna duda, una profunda convicción estaba grabada en el corazón de todas las Hermanas de las que acabamos de hablar y que fueron testigos de la radicalidad evangélica: no hay amor más grande que dar su vida por quien se ama^{xxiii}. Estoy segura de que esta misma convicción les habita a ustedes que tienen entre 11 y 24 años de vocación y por eso las dirijo hoy esta llamada en nombre de la Compañía:

Hermanas, por todas partes los pobres son numerosos, pero algunas situaciones son todavía más críticas que otras y piden refuerzo. ¡Es allí donde las espera el Señor, allí donde los pobres tienen hambre, allí donde mueren, allí donde necesitan de Dios! ¿Están disponibles para ir a la misión ad extra o ad intra, allí donde los pobres nos necesitan con urgencia? El Papa Juan Pablo II, durante el Jubileo de los jóvenes en Roma, les dirigió las palabras llenas de entusiasmo de Santa Catalina de Siena: *“Si sois lo que tenéis que ser, prenderéis fuego al mundo entero”*.

Quisiera terminar esta reflexión, dirigiéndome a la Virgen María, Madre de la Compañía. Le pido que las acompañe en este camino de revitalización vocacional, que estimule y renueve su vocación y su don a Nuestro Señor, para vivir con gozo y pasión el servicio de Cristo en los pobres, en comunión con sus Hermanas.

¡Vayan pues, Hermanas en nombre del Señor! Vayan al encuentro de los demás, llévenles el fuego de la fe, la alegría de la esperanza, la dulzura del amor de Dios Padre difundido en sus corazones por el Espíritu que se nos ha dado^{xxii}.

Sor Evelyne FRANC

Hija de la Caridad

SOR A. PRÉVOST, HIJA DE LA CARIDAD

LA FE DE MARIA

En el centro de nuestra vida de Hija de la Caridad

« *¿Quién soy yo para que me visite
la madre de mi Señor?* »

INTRODUCCION

Todas conocemos bien a la Virgen María y la amamos, sabemos que nos acompaña cada día en nuestro camino de fe. Cada una de nosotras, tenemos una mirada especial sobre nuestra Madre del Cielo, la única Madre de la Compañía; y yo sencillamente, voy a compartirles la mía.

Los textos evangélicos dejan claro la fe de María, su apertura y disponibilidad total a Dios, permitiéndole darse por completo. Esta fe de María alimentó la meditación de nuestros Fundadores. San Vicente y santa Luisa se detuvieron particularmente en tres misterios: la Inmaculada Concepción, la Anunciación y la Visitación. Estos misterios se relacionan entre ellos y son la puerta de entrada del misterio de la Encarnación. El Padre Chenu, gran teólogo dominico, dice que « *una buena teología mariana es la prueba de una buena teología de la Iglesia porque revela la ley profunda de la Encarnación* ».

Hoy, vamos a dedicar tiempo para visitar de nuevo estos tres misterios y ver cómo armonizan con nuestra vocación de Hija de la Caridad y a qué nos invitan en nuestra vida de cada día. No voy a decirles nada nuevo, nada que no sepan; sencillamente voy a intentar poner palabras y estas palabras resonaran en ustedes, de un modo o de otro, según su experiencia personal.

Antes de comenzar, una idea previa: estudiamos María, no por ella misma, sino porque está íntimamente relacionada con la obra de salvación. El centro de la Revolución cristiana, es Cristo, Dios y Hombre: Jesús es el punto de encuentro en el que se cruzan el camino de Dios y el de los hombres. Y todos los demás misterios cristianos están relacionados con este don que Dios ha hecho a los hombres. El Verbo de Dios se hace carne de nuestra carne, se hace nuestro compañero de camino para permitirnos entrar en comunión con el Padre. Dios no ha aparentado ser “uno de nosotros” : concebido en el seno de una mujer, se hace niño y crece entre sus contemporáneos.

Y María atrae nuestra atención debido a su implicación en el don que Dios ha hecho de su vida en la persona de Jesús. A veces, nos preguntamos si María es un ser de excepción en nuestra humanidad, nos preguntamos si está por encima de la Iglesia o por debajo de Cristo.

Madre de la Iglesia, María no está ni por encima, ni por debajo, está en el interior como la madre está **en** la familia. Cuando se habla de una madre, no se tendría la idea de decir que está en el exterior de la familia sino, al contrario, está en el centro de la familia. María no está, pues, en la periferia del misterio cristiano, no es un nivel intermedio, se encuentra **en el centro del misterio de Cristo y de la Iglesia**, es la primera criatura en beneficiarse de la Resurrección (que precede la existencia misma de María).

María es una **mujer de « nuestra casa »**, realmente más humana que nosotros; porque desgraciadamente, nosotros, debido a nuestro pecado, renegamos de nuestra condición de criatura, en

efecto, no somos verdaderamente humanos más que cuando nos abrimos a Dios y a los demás, no estamos replegados sobre nosotros mismos. Para María, todo su pensamiento, su voluntad, su acción son modelados por la gracia: habla con las palabras de Dios, piensa con los pensamientos de Dios, es la morada de Dios.

1 - LA INMACULADA CONCEPCIÓN

María Inmaculada, la primera asunta al cielo, es la *puerta de entrada* de la gracia, la *puerta de entrada* por quien Dios puede darse, sin encontrar ningún obstáculo. El misterio de la gracia de Dios en María desde su concepción está en relación estrecha con el misterio de la Encarnación. La concepción inmaculada de María está ordenada a la concepción virginal del Hijo de Dios. El 8 de diciembre no tiene sentido más que con miras al 25 de marzo y a Navidad.

2 - LA ANUNCIACIÓN

En el episodio de la Anunciación, Jesús no está visible, pero se hace misteriosamente presente en el encuentro del ángel con la Virgen María. Al final del diálogo, Jesús está presente muy concretamente en el corazón y el cuerpo de María. La presencia misteriosa de Jesús se ha convertido en presencia real.

3 - LA VISITACIÓN

El relato de la Visitación es el encuentro familiar y gozoso de dos mujeres que se conocen. Pero este encuentro de María con Isabel hace aparecer otro encuentro: el de Jesús y Juan el Bautista. Isabel nos explica lo que ha ocurrido en realidad: es la « tierra » y el « cielo » los que se encuentran.

Conclusión

« *Primera cristiana* » (C. 15a), « *Maestra de vida espiritual* » (C. 23), « *Puerta de la Fe* », María nos invita, no por las palabras, sino por su propia vida a

- darnos totalmente a Dios

- vivir nuestras relaciones fraternas diarias del mismo modo que el de la Anunciación.

- a vivir nuestros servicios de los pobres como Visitaciones porque el misterio mariano es también nuestro misterio. Como ella, también nosotras, estamos llamadas a ser, la « madre de Cristo » para darlo a los pobres.

I- LA INMACULADA CONCEPCIÓN: María, totalmente abierta al espíritu, entregada por entero a Dios (cf. C 15b)

« *A ejemplo de María Inmaculada, las Hijas de la Caridad se dan totalmente a Dios* »

INTRODUCCIÓN

La Inmaculada Concepción es una realidad sorprendente, no una realidad abstracta, sino la realidad más concreta que existe. Si la Iglesia proclamó este dogma en 1954, no es para añadir una perla más a la corona de María, que ya lleva muchas, sino porque la Inmaculada Concepción nos conduce a **la encrucijada del misterio de la Salvación**. El dogma no es solo una fórmula, es una luz que expresa el don de Dios en **Jesús**, la dignidad de **María y la nuestra**. Para eso, nos hace falta pasar de la literalidad de las palabras a la espiritualidad que el texto expresa. Esto es lo que ahora intentaremos hacer.

I – LA ESCENA EVANGELICA

1 – « LLENA DE GRACIA »

El nombre que los padres Ana y Joaquín han escogido para su hija al nacer, es *María*. Es el nombre utilizado en sus relaciones, con sus amigos, con José y la gente de Nazaret... *es su identidad según el estado civil*. Cuando María era niña o adolescente, no se destacaba de sus compañeras en nada, quizá salvo, en un ardor en la mirada. Todo era sencillo en ella, de una sencillez de plenitud y no de carencia.

El día de la Anunciación, el Ángel Gabriel no la saluda por su nombre habitual, sino que le da un nombre nuevo. Este nombre que Dios le da, es "*Llena de gracia*". *Es su identidad en el Reino de Dios*. Desde el primer instante de su concepción, Dios ha colmado secretamente el corazón de esta joven para hacerla apta para realizar perfectamente su vocación de Madre de Dios: preparación misteriosa, invisible indiscernible a cualquier mirada humana. La gracia ha actuado en todos los niveles de su personalidad: está llena de todas las gracias de Dios porque está totalmente ofrecida, disponible, sin la menor vuelta sobre sí. Este nombre expresa una manera de ser, una misión, una vocación: su ser no es más que gracia, no hay en ella más que Dios.

María no ha escogido su identidad, no ha escogido su ser profundo, de Dios quien se lo ha dado. La Inmaculada Concepción permite mejor conocer el Corazón de Dios cuyo único deseo es establecer eternamente su morada en cada uno de nuestros corazones. «Pero, ¿cómo será eso?»

El misterio de la Inmaculada Concepción revela **una triple gracia**:

- El don de Dios es acogido por una criatura,
- El don de Dios va hasta el Perdón para hacer una creación nueva,
- El don de Dios hace la vida fecunda.

1 – *EL DON DE DIOS ES ACOGIDO POR UNA CRIATURA,*

* La Inmaculada Concepción revela, en primer lugar, que Dios se da gratuitamente, se da eternamente. Por parte de Dios, todo es don, sólo existe la gracia siempre ofrecida. El tiene la iniciativa y es especialmente evidente respecto a María. El privilegio de la Inmaculada Concepción no viene de María, sino de Dios. Todo lo que María es, procede de Dios. Cuanto es, lo es por gracia.

* La Inmaculada Concepción expresa también esta plena acogida del don de Dios. Porque, si Dios se da a cada ser humano, no puede ofrecerse más que a su libertad. La gracia no cae en el vacío, también lo que se pide por parte de la criatura, es acoger el don de Dios. En María, se encuentran juntos « Dios que se da » y « la criatura que dice sí » a Dios.

2 – *EL DON DE DIOS VA HASTA EL PERDÓN PARA HACER UNA NUEVA CREACIÓN*

* La Inmaculada Concepción revela que Dios no cesa de darse, incluso allí donde es rechazado. Dios se da a su criatura, sin desanimarse por sus rechazos. El don de Dios se hace, entonces, Perdón y su Perdón no es sencillamente como un arreglo, sino como una creación nueva.

* La Inmaculada Concepción es el primer fruto del Perdón que precede a la existencia misma de María, ella no es una excepción a la universalidad de la Salvación. Santa Teresa comprendió este misterio cuando se atrevió a compararse con la Magdalena, a la que Jesús hechó siete demonios: "Sencillamente, decía, yo fui perdonada antes". María es la primera y la perfectamente salvada, es la nueva creación sacada de la fuente de la Cruz, da testimonio de la victoria del Amor crucificado, el poder de la muerte y de la resurrección de Cristo: « *La sangre de Cristo la redime, pero ella es la fuente* » (Himno del oficio de Lecturas del 8 de diciembre). Sin el misterio de la Cruz, la Inmaculada Concepción es incomprendible. María nos invita a entrar en esta dinámica del perdón y a dejarnos reconciliar y recrear por Dios.

3 – *EL DON DE DIOS HACE LA VIDA FECUNDA*

* La Inmaculada Concepción revela también que Dios da todo, comparte todo, no solo a su Hijo sino también su paternidad. Dios da la vida y hace nuestra vida fecunda. La gracia se da siempre para ser comunicada a los demás, nunca es para poseerla y acapararla. Todo privilegio en Dios existe para ser compartido.

* La Inmaculada Concepción no es, pues, una « propiedad privada », María no recibe la gracia de la maternidad divina para ella sola, sino que la recibe para comunicarla. La Inmaculada recibe todo de Dios, *da todo lo que Dios le ha dado, da al mismo "Dios"*. Acoger la vida de Dios compromete a dejar transparentar su Presencia de amor, a encender el fuego de la caridad.

LA GRACIA Y EL PECADO

Con María Inmaculada, nos damos cuenta de que **la gracia es más original que el pecado**. Tan grave como sea el pecado, no es más que un accidente de recorrido en la historia, provoca a Dios a realizar una maravilla mucho mayor que el invento del mundo: una nueva creación, una creación en la que El mismo es la piedra angular. El misterio del Perdón de Dios permite descubrir de que modo el Amor es misericordioso e inventivo, capaz de encontrar caminos para acceder a este mundo que lo rechaza.

Si no existiera la Inmaculada Concepción, Dios no habría podido darse al mundo. No porque obligatoriamente tuviese necesidad de María, sino porque el Amor no puede pasarse de un acuerdo, de una acogida, de una respuesta; el Amor no puede imponerse y no puede contentarse con una semi-posibilidad. Era necesario un corazón enteramente libre que no se encierre en el don de Dios, como lo hicieron nuestros primeros padres, Adán y Eva. Dios ha encontrado una criatura que ha acogido totalmente su gracia y se ha dejado ajustar en permanencia al don que le hizo. En adelante, el mundo está abierto, la gracia puede hacer su camino.

En el corazón de un mundo pecador, el misterio de la Inmaculada Concepción permite comprender que nada, incluso el pecado, no detiene el don de Dios porque llega hasta el Perdón. El pecado no es por lo tanto un contratiempo, aquí no hay ni la primera palabra, ni la última. **La primera y última palabra, aquí, es la gracia acogida por una criatura.**

La Inmaculada Concepción ayuda a ensanchar nuestra mirada sobre el pecado y a pensar en **el pecado a partir del perdón** y no en el perdón a partir del pecado.

Hagamos una comparación: cuando contemplamos una cascada en la montaña, no vemos en ella veremos solamente un medio para lavar nuestra ropa sucia. Ciertamente, que si metemos nuestra ropa sucia en la cascada, la limpiaremos, pero la cascada no está hecha para eso. La cascada se da gratuitamente, corre gratuitamente, no se detiene nunca. Esta imagen nos habla de la gracia de Dios que se da. El don de Dios va hasta hacerse Perdón, nada lo detiene, ni incluso nuestro pecado, ni las faltas originales o actuales. El perdón es de siempre y para siempre.

Teniendo de fondo este perdón siempre ofrecido, la Inmaculada Concepción nos permite entender que lo que es natural es la gracia. El pecado es una ruptura de este amor, pero no hay existencia autónoma, existe, desgraciadamente pero, existe como un parásito. La yedra necesita al árbol, pero el árbol no la necesita; la caries necesita del diente, pero este no necesita la caries. No invirtamos. Lo que es natural, es la gracia, es lo sobrenatural. Entonces, **la Inmaculada Concepción no es una excepción, ella es la regla de existencia según Dios ; nosotros somos la excepción: los que dejamos hacer y no permitimos que el designio de Dios pase a través nuestro**. No es por la cantidad por la que se mide la verdad, sino por la profundidad; la verdadera profundidad de nuestra humanidad, es la Inmaculada Concepción, es lo que somos y lo que seremos eternamente... porque Dios nos ama.

Claro está que, esto no quiere decir que hay que relativizar la gravedad del pecado, porque en el plan del amor el pecado es grave; en el amor, no hay pecado venial. El pecado, es ponerse en el centro del

mundo, es querer ser para si mismo su regla, su origen y su fin. La Inmaculada Concepción nos invita a sumergir sin cesar nuestras raíces en el Perdón de Dios que nos renueva.

LA DIGNIDAD DE TODOS LOS HOMBRES

Si María es inmaculada, no es para admirarla sino para que comprendamos cual es la vocación de la Iglesia, la vocación de todo cristiano, la vocación de todos los hombre. Nuestro origen está en Dios y estamos llamados a llegar a ser “seres de gracia” en Jesucristo, « *santos e intachables ante él por el amor* » (Efe 1, 4). Dios que ha logrado su proyecto de amor en el seno de María, quiere lograrlo también en nosotros.

El misterio de la Inmaculada Concepción revela la grandeza de nuestra vida y la dignidad de los hombres. Creer en el Dios de Jesucristo, es creer en el hombre. Lo más difícil, no es creer en Dios, sino creer que Dios cree en el hombre, que actúa en nosotros y en los demás, incluso en este mundo pecador. Creer en Dios, es creer en cada hombre, creer que Dios se da a cada uno y que cada uno es capaz de acogerle y de darlo a los demás. Al final del Concilio, Pablo VI dijo: « *Nosotros, más que nadie, tenemos el culto del hombre* ». Es lo que Juan Pablo II no ha parado de repetir a lo largo de su pontificado.

LAS HIJAS DE LA CARIDAD SE DAN « POR ENTERO » A DIOS (C 1. 4 y C. 7).

Los Fundadores nos invitan a contemplar en ella a: *la Inmaculada, totalmente abierta al Espíritu* (C. 15b, §1) pues, en Marie Inmaculada, descubrimos quien somos. El privilegio de la inmaculada, es nuestro privilegio.

LLEGAR A SER « INMACULADAS »

Debemos comprender que Dios hace todo en nuestra vida. Y por eso, debemos también hacer lo posible por acoger lo que Dios nos da. Cuando la C. 7 dice que las Hijas de la Caridad « se entregan por entero », se trata de comprender bien lo que esto significa, porque nuestro lenguaje es muy pobre. El misterio de la Inmaculada Concepción nos da el sentido: en María, permanecen juntos “el Dios que se da” y “el sí de su corazón”.

Darse a Dios significa « *acoger a Dios que se da en nosotros* ». No somos nosotros los que podemos darnos a Dios, pero podemos abrirnos a su Amor que se da, que nos perdona y nos diviniza. Se trata de “*disponernos, con todo el impulso de nuestro corazón, a recibir a Dios que se nos da*”. Dios necesita de nuestro “sí”, no se da sin nosotros, sin nuestro consentimiento y nuestra participación. Al Amor, se le recibe cuando uno se da y en la medida en que nos damos. Es lo que expresa la C.8: « *La Regla de las Hijas de la Caridad es Cristo* »: nuestra regla de vida es la de acoger a Cristo en nuestro corazón, ponerle en el centro de nuestra existencia, como lo hizo María Inmaculada.

« ES NECESARIO QUE HOY ME QUEDE EN TU CASA » (Lc 19, 5)

Ciertamente, no somos la Inmaculada Concepción, no somos más que unos miserables pecadores, lamentables y pobres. Pero, por su Encarnación Redentora, Jesús no vino a la tierra a pegar un parche sobre un organismo enfermo, vino a tomarlo desde el interior, a renovarlo, a recrearlo.

Si leemos las páginas del Evangelio de san Lucas, vemos que la gracia de Dios no está reservada a seres de excepción. El Evangelio de Zaqueo, en el capítulo 19 de san Lucas, muestra bien que esta gracia hecha a María, es para todos. El episodio del encuentro de Jesús con Zaqueo muestra bien el deseo de Dios de darse y permanecer en nuestro corazón. Zaqueo es un gran pecador como cada uno de nosotros, muy lejos de ser inmaculado tanto en su concepción como en su profesión. Sin embargo, Jesús le dice las

mismas palabras que el Ángel Gabriel dijo a María la toda pura: *“Hoy vendré a tu casa!”*, es decir, *“El Señor está contigo” ... Es lo mismo*

Luego, Jesús espera la respuesta de Zaqueo porque el Amor nunca se impone. Zaqueo se deja impresionar en lo más profundo de su ser por esta palabra de amor y lo que sigue ya lo conocemos: se convierte en un “ser de gracia”. En adelante, en su vida concreta, actúa como Dios: *«Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más»*.

Así, la Salvación no consiste solamente en la purificación de nuestros pecados, es este Perdón el que viene a recrearnos desde el interior nuestro ser pecador. Ciertamente está también el misterio de nuestra respuesta. Pero, si acogemos a Dios, su Palabra de amor es siempre creadora, hace siempre lo que dice. Del mismo modo que su Palabra se hizo carne en María y que se realizó en Zaqueo, el reino de Dios se ha cumplido en nuestro interior. Nosotros que no éramos amables ni deseables, ante Dios, nos convertimos en personas amadas y amables, personas deseadas y deseables.

« *NACER DEL AGUA Y DEL ESPÍRITU* » (Jn 3, 5)

Pero no basta con oír la Palabra de Dios, con acogerla en el fondo de su corazón, también hay que comprometerse a vivirla. Después del relato de las Bodas de Cana, Jesús explica a Nicodemo la necesidad de renacer del Espíritu. Desde el pecado original, nuestra vida está inclinada sobre ella misma, amasada por la desconfianza y el cálculo. El Espíritu, al contrario, es toda apertura: apertura del Padre hacia el Hijo, del Hijo hacia el Padre, es una circulación de vida y de amor. Es esta vida, la que debemos acoger, es a esta vida entregada a la que debemos renacer, es decir, hay que conducir el combate contra nuestro “yo”, nuestro egoísmo, nuestro amor propio, tenemos que hacer este largo viaje que va desde nosotros mismos a Dios. *«Depender del Espíritu Santo es dejarle crear en sí mismo la semejanza con Cristo, manso y humilde de corazón. Este espíritu evangélico es el que, según san Vicente, debe animar a la Compañía»* (C. 18)

María está ahí, con nosotros, para ayudarnos a renacer del Espíritu: *“Haced todo lo que El os dirá”*. Su función, es la de enseñarnos a nacer a la vida divina, porque verdaderamente aún no hemos nacido, no hemos llegado a nuestra concepción inmaculada (porque en el cielo no habrá más que inmaculados). María nos lleva a dar el primer lugar a Dios en nuestra vida, a dejarnos transformar por su pensamiento, por su manera de ver y de actuar, a renacer de lo alto. Ahí encontramos toda nuestra vida de fe, todo nuestro camino de vida humana: aprender, poco a poco, a familiarizarnos en esta vida divina que va a ser la nuestra para la eternidad y que es la vida de un hijo de Dios.

María Inmaculada nos enseña a amar lo cotidiano, a nacer de la vida divina en nuestra vida diaria, en la realidad concreta de nuestras jornadas. Para ella, *«mirar a lo alto, hacia el Padre»*, fuente de toda gracia, *«renacer del Espíritu»*, no es buscar nacer a una vida diferente, etérea, evaporada, espiritual ni rechazar las contingencias materiales de nuestra vida diaria. Dios se ha unido a nuestra humanidad y es sobre esta tierra donde debemos buscarle, no lo encontraremos fuera, Dios no está en otra parte, sino en nuestra vida diaria. El don de Dios no cae sobre nosotros en un paracaídas, es preciso acogerle en nuestra vida tal como es. Las Hijas de la Caridad se maravillan de *«que Dios, en cierto modo, no pueda o no quiera ya nunca estar separado del hombre»* (c. 17b). Es a esto a lo que tenemos que convertirnos: mirar nuestra vida diaria, nuestra comunidad, nuestro servicio, nuestro lugar de trabajo, el horno de la cocina o el fregadero, es ahí donde se encuentra Dios. En nuestra vida de cada día, todo es gracia y la Inmaculada Concepción es el testimonio de esto.

CONCLUSIÓN

La Concepción Inmaculada de María es una verdad capital para nuestra vocación, nos recuerda el primado de la gracia y la necesidad de abrirnos sin reserva a Dios: “*Te basta mi gracia*” (2 Co 12, 9). El **Espíritu de humildad** nos permite llegar a ser “*seres de gracia*”, verdaderas “*adoradoras del Padre*” (cf C. 8), bebiendo en la fuente del Amor para llegar a ser para los pobres (cf. C. 16a) una fuente de la que “surgirán ríos de agua viva” (Jn 7, 38).

II.- LA ANUNCIACION: María, Sierva de los Designios de Amor del Padre (cf. C. 15b)

« *En Comunidad para vivir con Dios y realizar su Voluntad* »

LA ESCENA EVANGÉLICA

El Evangelio de la Anunciación es muy denso e inagotable, nos es familiar, lo conocemos bien, evoca numerosos temas de una gran riqueza que nunca terminaremos de profundizar. Es relativamente largo y el hecho de su longitud permite comprender que se trata, en primer lugar, de un diálogo entre el Ángel y María. En el anuncio hecho a Zacarías, el encuentro con el ángel Gabriel dejó mudo a Zacarías. En la Anunciación, el encuentro del ángel Gabriel con María da nacimiento a un diálogo animado que pone en movimiento a la joven de Nazaret. Durante esta conversación, María se deja transformar y al final, se convierte en esta joven que se pone plenamente a disposición de Dios y confía en su promesa.

Miremos atentamente el desarrollo de este intercambio porque el Ángel Gabriel nos revela el modo de hacer y de hablar de Dios. Con El, podemos aprender cómo comunicarnos mejor con las Hermanas de nuestra Comunidad.

LA MANERA DE EXPRESARSE DE DIOS_(v. 28-29)

Cuando el Ángel se acerca a María, **la saluda y se inclina ante ella**. Sorprendida de improviso, María se deja alcanzar. Pero este movimiento de abajamiento del Ángel que expresa el misterio de Dios la sorprende. Así, el “Omnipotente”, “el Todopoderoso” se inclina respetuosamente ante su criatura como un Servidor. En efecto, inclinarse ante la grandeza de otro no es más que lealtad y cortesía, pero que el más grande se arrodille respetuosamente ante uno más pequeño, revela una profunda humildad.

Luego el Ángel aborda a María como a una persona que “*ha encontrado gracia ante Dios*” y le dirige estas **palabras de saludo amables y tiernas**: “*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*” El Ángel le asegura que el mismo Dios está con ella.

El infinito respeto del ángel y sus maravillosas palabras de bendición turban profundamente a María. El ángel observa los sentimientos interiores de María que se pregunta “*lo que podía significar este saludo*”. Ella quiere comprender y aclarar esta situación.

El Ángel **respeto la emoción** de María, vuelve a formular sus sentimientos y la tranquiliza en un tono sereno: « *no temas, porque has encontrado gracia ante Dios* », porque Dios te ha mirado con amor.

En un **cálido silencio**, espera que María encuentre la paz interior para continuar la conversación, su paciencia y su amor conmueven el corazón de María. Recuperada la confianza, sintiéndose a gusto, puede distinguir la presencia amorosa de Dios que la tranquiliza interiormente.

2- UN DIÁLOGO EVANGÉLICO AUTÉNTICO (v. 30-34)

Entonces el Ángel pronuncia estas nuevas palabras inesperadas: « *concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús* ». Nuevamente deja a María el tiempo necesario para que sus palabras resuenen en su corazón, no la agobia para que entienda más rápido, no se impone, ni grita, ni se afirma por la fuerza ni por la seducción, al contrario, al respetar la libertad de María, camina humildemente a su ritmo, permitiéndole ser ella misma y espera pacientemente su reacción.

A través de esta delicada actitud del Ángel, María comprende que verdaderamente es amada, entonces es capaz de recibir en su corazón estas sorprendentes palabras y reflexionarlas interiormente: quisiera comprenderlas bien y saber cómo puede llegar a ser realidad esta promesa.

Libremente, toma la palabra para pedir al Ángel que precise lo que quiere decir, que le explique de manera más precisa el sentido profundo de sus palabras: « *¿Cómo será eso, pues no conozco varón?* ». Este interrogante muestra el interés que María presta a lo que le acaba de decir el Ángel, es también una invitación a un complemento de información. María quiere saber la relación que hay entre su proyecto de vida, su situación y el Designio de amor del Padre. Puede decirse que está en estado de discernimiento.

Al Ángel no le sorprenden las preguntas de María, está dispuesto a darle las explicaciones necesarias, relativas al anuncio de este nacimiento virginal e ilumina el contenido espiritual de este gran misterio: “*El Espíritu Santo vendrá sobre ti... por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios.... También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez... porque para Dios nada hay imposible*”.

3 – LA ESCUCHA DISPONIBLE DE MARÍA (v. 38)

El ángel puede aclarar la situación porque María no le interrumpe, es signo de la gran aptitud de Marie para escuchar: en ella no hay ninguna suficiencia, ningún intento de situarse por encima de su interlocutor o de ser el centro de la discusión.

Con disponibilidad, María acoge esta información que la invita a un cambio radical de perspectiva y a dejar sus puntos de referencia familiares. Por el anuncio del Ángel, María comprende que Dios viene hacia ella para recibir la hospitalidad de su corazón y ofrecerle su vida. Para que Jesús esté en el mundo el “Príncipe de la Paz”, necesitaba un “sí” de amor.

Entonces, María se proclama « *la Sierva del Señor* », expresando que se define sencillamente en relación al Señor, reconoce que Dios es el centro de su vida, su deseo consiste en no querer más que la voluntad de Dios: « *¡hágase en mí según tu palabra!* ». Dada por entero, sin buscarse a sí misma, María se compromete libremente con lo que es, abandonarse a Dios, comprometerse a su Palabra en la obediencia más total. Habitada por una entera confianza, acoge lo desconocido y lo imprevisible de Dios, de lo que ella no tiene el dominio, sino que acepta no saber dónde la llevará eso.

UNA COMUNIDAD DE « SIERVAS DE LOS DESIGNIOS DE AMOR DEL PADRE »

Nuestros fundadores nos invitan a entrar en la irradiación de María para aprender a vivir a diario nuestras relaciones fraternas del mismo modo que la Anunciación. Incluso si este encuentro con el Ángel es un momento extraordinario, sin embargo tiene lugar en una banalidad desconcertante: María está “en su casa”, el Ángel Gabriel viene ante ella y, allí comienza el diálogo que introduce a María en el mundo de Dios.

Esta conversación entre el Ángel y María pone de relieve algunos puntos fuertes para nuestra vida de Hija de la Caridad, y nos conduce a llegar a ser, como María, “sirvientas del Proyecto de Amor del Padre”

1 – EXPRESAR LA PAZ DE DIOS

En primer lugar, el Ángel Gabriel, nos revela la manera de ser que Dios nos pide tener en relación con los demás, para ofrecerles su amor: una actitud humilde y respetuosa. Es la humildad de nuestra mirada y la anulación de nosotros mismos lo que testimonia a los demás nuestra estima. Eso se dice sin palabras, es una manera de ser.

El ángel Gabriel nos recuerda también la misión de **decir** a los demás de parte de Dios, **palabras gozosas y benévolas** para que nazca un clima de confianza y de paz.

La palabra del Ángel que se hizo carne en el seno de María, nos envía constantemente al misterio de las palabras que pronunciamos. Cada día, en nuestra Comunidad, nos hablamos entre nosotras y es muy importante no olvidar nunca que las palabras que pronunciamos producen siempre un efecto en nuestras Hermanas: bien las afligen o las hieren, o bien las curan o crean en ellas un sentimiento de alegría.

El modo de hablarnos y las palabras que utilizamos tienen una importancia determinante. El misterio de la Anunciación nos incita a pronunciar del modo más consciente y más prudente, las palabras que decimos, para que nuestras palabras tengan por efecto animar y llenar de gozo el corazón de nuestras Hermanas y que sean para ellas auténticas “palabras de Dios”.

La invitación de Jesús « *cuando entréis en una casa, decid primero: ‘Paz a esta casa’* » (Lc 10, 5), resume este primer punto. No somos solamente buenas profesionales al servicio de los pobres, sino que en primer lugar somos Hermanas llamadas a tener un corazón lleno de la Paz de Dios para comunicarla a nuestras Hermanas. Estamos encargadas de hablarles de parte de Dios y permitirles encontrar a Dios en su vida, es esta nuestra manera de colaborar en la Salvación de Dios y de ser las “Sirvientas de su designio de amor”.

2 – DIALOGAR JUNTOS PARA DISCERNIR LA VOLUNTAD DE DIOS

El Ángel Gabriel nos indica el **modo de dialogar** con los demás: se trata de expresarnos proponiendo una palabra, sin imponerla ni obligando a los demás a aceptarla. Nuestra sociedad actual nos acostumbra a una mentalidad que busca condicionar o manipular al otro y corremos el riesgo de dejarnos llevar por esta desviación que deforma el diálogo, buscando imponer nuestro punto de vista o hacer preguntas con miras a oír la respuesta que deseamos oír. Por el contrario, el Ángel nos compromete a convertirnos en el modo de hablar de Dios. No habremos terminado nunca de contemplar este misterio de la Anunciación para aprender a dialogar, particularmente en las cosas más banales de la existencia. Tendemos de tal modo a nuestros puntos de vista, costumbres, conocimientos... nos agarramos a ellos y es muy difícil recibir lo que el otro nos aporta. Esperamos con frecuencia que el otro nos de la razón.

Si contemplamos a María, descubrimos otra cosa: nos hace comprender que **la escucha** es como una hospitalidad interior. Porque, no solo no se ha puesto en el centro de la discusión, sino que ha aceptado dejarse cambiar por la palabra del Ángel, considerándola como más importante que ella. Con María, descubrimos que el diálogo con nuestras Hermanas no es posible más que si las amamos, si las consideramos más importantes que nosotras, si aceptamos que puedan tener razón, o al menos que pueden tener razones válidas para creer lo que ellas creen, decir lo que dicen, ver diferente que nosotras. Esto hace que sencillamente reconozcamos que tienen el derecho de ser otras, es decir, de ser ellas mismas y no como yo.

Por último, esta conversación entre María y el Ángel muestran cómo una discusión puede salir bien: se trata de **preguntas y respuestas que se intercambian hasta que cada uno comprenda al otro** y que, de repente, algo nuevo nace, algo más grande. María es consultada como una persona libre, no se le dijo: “tú debes, estás obligada, te doy una orden”. La verdad solo se encuentra en el conjunto, cuando cada una ha podido expresar a las demás su verdad, para ponerlas en común: « *avanzar juntas en su caminar hacia el Señor.*» (C. 32b), y buscar la voluntad de Dios.

3 – SER SIERVA DEL PROYECTO DEL PADRE, ES DEJAR TODO EL LUGAR A DIOS

Por último, en este relato de la Anunciación, nos damos cuenta del lugar central de Dios hacia el que converge todo. La “Sierva del Señor” nos invita a dejar todo el espacio a Dios en todos los ámbitos de nuestra existencia: nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestros hechos, nuestras pequeñas decisiones a tomar, nuestras dificultades. Regularmente nos debemos preguntar sobre el lugar que damos a Dios en **nuestra manera de hablar** y la **mirada de fe** que tenemos para con nuestras Hermanas. Porque, cuando nos conocemos bien y tenemos la costumbre de hablarnos, corremos el riesgo de encerrarnos mutuamente en las apariencias y decir palabras que juzgan con las mismas apariencias: “*es el hijo del carpintero*”; entonces, no hay más condiciones necesarias para el diálogo. María nos recuerda la importancia de vivir en presencia de Dios para:

-expresarnos « buena y sencillamente », porque cualquier palabra deja huellas y puede tener una gran trascendencia.

- y ser capaces de reconocer en nuestras Hermanas « Ángeles » que el Señor pone en nuestra vida para introducirnos, en cierto modo, en el Reino de Dios

Conclusión

María, la Sierva de los designios del amor del Padre, nos revela esta otra verdad capital para nuestra vocación: es el **Espíritu de sencillez** el que nos permite ser “Siervas del Señor”, no buscando más que la voluntad de Dios y esforzándose por realizarla con un corazón disponible y obediente.

III- LA VISITACION: « La Madre de Dios, Madre de misericordia... Arca de la Alianza »

« EL SERVICIO DE LOS POBRES »

INTRODUCCIÓN

La Visitación es una escena muy sencilla: una mujer visita a otra mujer, su prima. ¿Qué de más banal y cotidiano? Y sin embargo este misterio es mayor de lo que parece a primera vista. San Lucas no nos dice que las dos primas se ven por primera vez, esto deja suponer que ya se han encontrado y que se conocen. Luego, el evangelista saca a la luz el lugar central de otro personaje: el Espíritu Santo. Lucas comparte una profunda convicción: El Espíritu Santo es esta presencia de Dios entre nosotras que está al servicio del encuentro.

LA ESCENA EVANGELICA

Después de la Anunciación, impulsada por el Espíritu, María se pone en camino hacia Isabel. El evangelista presenta a María como un modelo de caridad, como una persona cariñosa y concreta, que no se contenta con buenos sentimientos porque la vida de Dios se desarrolla en las relaciones humanas. María ofrece su ayuda a su prima mayor, pero también espera ver el signo que confirmará lo que el Ángel Gabriel le ha dicho. No quiere solamente ofrecer su ayuda a Isabel sino también acoger la suya: dos aspectos

indispensables para establecer la reciprocidad necesaria en toda relación verdadera. El encuentro de las dos mujeres es en primer lugar, agradecimiento mutuo, que abre para cada una un futuro nuevo.

1 – EL SALUDO DE MARÍA

Hay imaginarse a María llamando a la puerta de la casa de Zacarías. Al haber recibido el saludo de Dios de parte del Ángel Gabriel, puede saludar a Isabel de la misma manera, con mucha delicadeza y exactitud. María lleva en ella la vida de Dios y esta presencia, en el fondo de su corazón da todo su peso al saludo. La gracia de la que María está llena se refleja en su rostro, su sonrisa y en su mirada. Llevando en ella “el Príncipe de la Paz”, ofrece a Isabel la paz de Dios.

No solo es María de Nazaret, como si el policía en el camino le hubiese pedido su carnet de identidad, habría leído: “Nombre: María –Lugar de nacimiento: Nazaret”. No es solamente María, Dios está ahí, pequeño embrión que va a saludar a Isabel por el saludo de María. Por la visita de María, es Dios quien visita a su pueblo; por el saludo de María, es Dios quien hace oír su saludo a su pueblo.

2 – LA REACCIÓN DE ISABEL

En el momento en que ella abre la puerta de su casa y oye el saludo de María, Isabel recibe la paz de Dios. Esto provoca en ella un doble efecto benéfico: su corazón está lleno de la plenitud del Espíritu y Juan Bautista vibra en su seno: “*aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre* » (Lc 1, 41). Así, gracias a la cercanía de María, le fue concedido el Espíritu del que Juan Bautista debería estar lleno (cf. Lc 1, 15). Es por María como Dios comunica su Espíritu a Isabel y al niño que lleva.

Entonces, con el corazón lleno del gozo del Espíritu, Isabel percibe la belleza de María. Deslumbrada, pronuncia **palabras de bendición y de felicidad** con relación a María que ciertamente no se lo esperaba: “*Bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu seno...*”. Estas palabras llenas de respeto y de delicadeza son también una confirmación de lo que vive María. Es sorprendente constatar hasta que grado de comprensión llega Isabel a partir del saludo de María; pero el brillo de su mirada, la bondad de su sonrisa, la delicadeza de sus gestos ¿no son el signo de que María irradia al Espíritu? Isabel comprende que su joven prima no es la misma que cuando la vio por la última vez, percibe el misterio de María, reconoce la acción de Dios en María y la acoge como a “*la madre de mi Señor*”. No se pregunta “¿Cómo es que mi prima viene hasta mi? sino “¿Cómo es que la madre de mi Señor viene hasta mi?”. Esto significa que ella acoge a María refiriéndose a Dios y no con relación al lazo de parentesco que las une. Para Isabel, María es la nueva “**Arca de la Alianza**”, hace visible y palpable la presencia de Dios, lleva en ella la vida de Dios. La alegría de Isabel hace pensar en el salto de David ante el Arca de la Alianza, presencia de Dios en medio de su pueblo.

Así, el encuentro de María e Isabel es, en primer lugar, agradecimiento mutuo, las dos mujeres se convierten en bendición la una para la otra: primero de María a Isabel, luego de Isabel a María, revelándole lo que tenía oculto en su corazón y confirmándole que su maternidad era la obra de Dios: « *Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá* ». Es la delicadeza de la mirada y de los gestos de María que permitieron a Isabel ver lo que ha creído.

II – NUESTRA VIDA DE SERVICIO DE LOS POBRES

Lo que está en juego entre María e Isabel no es algo excepcional que les estará exclusivamente reservado. Como en todas las Escrituras, lo que está en juego nos interesa. Y nuestros Fundadores nos han pedido entrar en la irradiación de María para vivir nuestro servicio de los pobres con este espíritu de la

Visitación. La Visitación es la visita por excelencia y el servicio por excelencia. El encuentro de María con Isabel nos invita a mirar con ojos nuevos el servicio que se nos concede vivir cada día con los pobres. ¿Cómo nos situamos en el servicio de los pobres? ¿No estamos con demasiada frecuencia en la periferia de nosotras mismas? El misterio de la Visitación nos recuerda que nuestra vida de Hija de la Caridad, consiste en ir hacia nuestros hermanos y hermanas pobres en nombre de Dios, entrar en comunión con ellos. La Visitación subraya que el fundamento de nuestra vida de servicio se encuentra en la primacía de Dios: ser Sierva, es dejar todo el espacio a Dios y hacer visible su presencia para entrar en una comunión que puede ser silenciosa pero en la que el corazón canta alabanza.

1 - SERVIR A LOS POBRES « EN CRISTO »

Nos damos totalmente a Dios para servirlo en la persona de los pobres con el espíritu de Cristo.

En cada Eucaristía, lo recibimos para llevarlo a los pobres. Es su presencia en nosotros la que hace hermosos nuestros saludos. Si estamos habitadas por su presencia, cada una de nuestras visitas a los pobres son visitas de Dios.

Como para María en la Visitación, Jesús está escondido en nuestro corazón de modo misterioso tal vez, pero no menos cierto, pudiéndose decir que, por nuestro servicio, Dios está en los pobres, los ama y se da a ellos. Incluso si no pronunciamos el nombre de Jesús al servir a los pobres, es Cristo quien les sirve, sencillamente por nuestra actitud, si somos amables, sonrientes, totalmente entregadas. A menudo, creemos que nuestro servicio está relacionado con nuestras capacidades, nuestra inteligencia, nuestra competencia, pero nos equivoquemos, está relacionado con nuestro saber ser de Cristo. Es solo la presencia de Cristo en nosotros la que hace que podamos amar y servir a los pobres con humildad y sencillez. El mejor regalo que podamos hacer a los pobres, es el de permitirles descubrir que Cristo les ama y el poder encontrarle

Sin cesar tenemos que tomar conciencia de la importancia que tiene el mantener en nosotros la presencia de Dios. Jesús nos ha dado a María para que nos enseñe a dejarle su lugar y a destruir en nosotros todo lo que no es suyo. La función de María, es la de enseñarnos a acoger a Dios para dejarle que se de a través nuestro y ser “Arca de Alianza” para los pobres, porque no podemos llevar la paz de Cristo más que si la tenemos en nuestro corazón. Entonces, incluso si nuestro servicio no tiene efectos tan espectaculares como los de la Visitación, al menos en un primer tiempo, será siempre como una Visitación. Nuestra capacidad de servir a los pobres con humildad, sencillez y delicadeza expresa nuestra fe, revela el rostro de Dios en quien creemos.

2 – SERVIR « A CRISTO » EN LOS POBRES

Como María que tenía prisa por reconocer la presencia de Dios en su hermana en humanidad, nosotros también, encontramos a Cristo presente en los pobres y le servimos, sirviéndoles.

Servir a los pobres, no es sencillamente hacer servicios con el amor de Cristo en el corazón, es también encontrar a un hermano o hermana en humanidad y reconocer en cada uno a Cristo: “¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?” (Lc 1, 43). Esta palabra vale para todos nuestros encuentros: reconocemos realmente a los pobres por lo que son, cuando nos inclinamos respetuosamente ante ellos contemplándoles como “la madre de nuestro Señor”. Es la gracia la que permite descubrir la grandeza y la dignidad de los pobres, reconocer la obra de Dios en su corazón y en su vida, discernir todo el bien que Dios dice de cada uno. Los pobres necesitan oír palabras llenas de dulzura y delicadeza y de recibir una confirmación de lo que viven y de lo bueno que tienen en ellos: “lo que hacéis es justo, lo que lleváis en vosotros es verdadero...”

Conclusión

Tomando de nuevo las palabras de Isabel *¿Cómo es que la madre de mi Señor viene hasta mi?* damos gracias a Dios por habernos dado María por Madre y pedimos a esta Madre de Misericordia que nos obtenga **el Espíritu de Caridad**, para llegar a ser como ella “Arca de Alianza”, sirvienta cariñosa, cercana de los más desheredados, infatigable para servirles.

Y si los pobres nos dicen algunas palabras de agradecimiento, María nos enseña a responder por el Magnificat. En las amables palabras de Isabel, María no le agradece sino que abre su corazón a Dios y le da gracias, su oración se amplía, abrazando lo universal de la acción de Dios en relación con la humanidad entera. Es esta la dimensión vertical del servicio.

PARA CONCLUIR ESTE RECORRIDO

Aunque los Fundadores han privilegiado estos 3 misterios (la Inmaculada Concepción, la Anunciación y la Visitación), eso no significa que excluyeran los otros. Toda la vida de María es fuente de inspiración para nuestra vida de Hija de la Caridad pues a lo largo de su existencia, es la « totalmente entregada a Dios ».

Para terminar, quisiera decir que es digno de atención el ver cómo, en la Capilla de la Medalla de la Inmaculada, estos tres misterios de María se viven de una manera muy especial. Porque aunque no “veamos” a la Virgen Inmaculada, podemos ver los “testigos” de hoy, los mensajeros de la Inmaculada que son los primeros llamados por Dios y que llevan la gratuidad de su Don: estos son los más pequeños, los enfermos, los pobres.

¿Cómo no estar agradecida a santa Luisa por haber pedido a la Compañía que tomara a María como “Única Madre”? En la encrucijada del don de Dios y de la acogida por la fe, María es nuestro modelo para aprender a acoger la gracia de Dios, a recibir su Espíritu de humildad, sencillez y caridad para que, a través de nuestra persona y de nuestro servicio, sea el Señor quien ame a los pobres.

Sor Anne PREVOST

Hija de la Caridad

SOR ELISABETH CHARPY, HIJA DE LA CARIDAD

El camino de fe de santa Luisa

Notas tomadas de una grabación tomada de una conferencia dada a las Hermanas de la Casa Madre; estilo oral y voluntariamente conservada.

Hablaremos del largo camino que santa Luisa recorrió durante más de 60 años, donde vemos que su fe fue cuestionada por la vida que ella tuvo, por los acontecimientos que vivió, una vida llena de dudas, inquietudes pero también de alegrías y preocupaciones. Entraremos en la intimidad de Luisa, esta puede servirnos de modelo, consuelo, cuando se atraviesan dificultades.

En el texto “la Puerta de la Fe”, Benedicto XVI dice que el camino de la fe comienza en el bautismo y se termina en la luz eterna de Dios. Este es un poco el camino que recorrió Luisa de Marillac.

El bautismo para ella es importante : en uno de sus textos escribió: *"el día de mi sagrado bautismo fui consagrada y dedicada a mi Dios para ser su hija"*. Ella es consciente que el bautismo ha hecho de ella una hija de Dios y durante toda su vida intentó vivir de esta fe. El bautismo, para ella, es algo muy importante, a menudo hablará de ello y se sabe que en el momento de los votos, en 1642, la fórmula comienza como la nuestra, por: *"Renuevo las promesas de mi bautismo"* y muchas Hermanas, en los comienzos de la Compañía, harán los primeros votos el día del aniversario de su bautismo, conscientes que es importante y que Vicente y Luisa insistieron siempre en el hecho que las Hijas de la Caridad deben ser, en primer lugar buenas cristianas para ser buenas Hijas de la Caridad.

¿Cuál fue la vida de Luisa durante sus primeros años?

No se conoce muy bien. Se sabe que estuvo en Poissy y que allí recibió una buena educación y una educación religiosa. Las religiosas Dominicanas, en esa época, acababan de recibir los Escritos de una Dominica “Catalina de Siena”, que murió en olor a santidad, y ellas leían los escritos de Catalina de Siena, sin embargo esta santa habla a menudo de la sangre de Cristo. Pienso que esta noción marcó mucho a Luisa de Marillac, porque frecuentemente hablará de la sangre de Cristo en sus escritos. Por ejemplo, hablará de las almas rescatadas de la sangre de Jesucristo. En varias ocasiones, habla de ella en sus cartas y también en sus oraciones. Y sabemos que también pintó miniaturas, y una de ellas representa a Cristo con una de las ovejas que bebe de la sangre de Cristo que sale de su costado. Por eso, es una noción que debió retener. Pero lo que sorprende, cuando leemos los escritos de Luisa, es que sus primeros años están marcados por el sufrimiento. Ella escribe en una de sus meditaciones: *"El me ha concedido tantas gracias como la de darme a conocer que su santa voluntad era que yo fuese a El por la cruz, que su bondad ha querido que yo tuviese desde mi mismo nacimiento"*.

Así pues, el sufrimiento acompaña a Luisa; es cierto que no conoció a su madre, que no tuvo vida familiar, que su familia la rechazó un poco; a los 13 años se la sacó del convento de Poissy para ir a un hogar, dirigido por una señora pobre que acogía hijas burguesas, es pues una desclasificación social, donde aprenderá otro tipo de cosas, principalmente materiales. Todo esto la trastorna un poco.

En 1606, tiene sin embargo una luz. En ese año hay una procesión importante que conduce a las religiosas Capuchinas a su nuevo monasterio. Luisa participa en la procesión y deslumbrada por esta vida de pobreza, de mortificación y se siente atraída por esta vida. Sólo tiene un único deseo y es el de convertirse en una religiosa Capuchina. A menudo va a rezar con ellas; vemos que en ese momento se siente un poco realizada, pero su gozo caerá rápidamente, ya que su tutor, Miguel de Marillac, al envía al Provincial de los Capuchinos, que le dirá que ella no es para la vida de las religiosas Capuchinas, que no tiene salud pero que Dios tiene otro designio sobre ella.

Para ella es un choque, un nuevo sufrimiento, pero sin embargo, en su corazón permanece esta idea: “Dios tiene un designio sobre mí”. Esta es la razón por la cual estará por muchos años a la búsqueda del designio de Dios sobre ella, del proyecto de Dios en ella. ¿Qué quiere Dios de ella? Después del rechazo del Provincial de los Capuchinos, la familia de Marillac tendrá la preocupación de casarla.

Y Luisa considerará durante mucho tiempo que el matrimonio es el designio de Dios sobre ella. Entonces, entrará en su vida de pareja con alegría porque para ella, esto es lo que Dios quiere para ella.

Da a luz a un hijo, es feliz; lo es también con su marido y dirá que guardó muy buenos recuerdos de su esposo. Con él, ella reza y tienen una vida espiritual muy austera. Durante sus años de matrimonio, al comienzo, tiene su tutor Miguel de Marillac, que es un gran devoto y le envía cartas como direcciones espirituales. Veamos cómo conduce a su sobrina.

Carta de Miguel de Marillac

“Tenga usted paciencia y humillese ante Dios por las faltas que pueda usted cometer contra la sumisión apacible de su alma ante Dios, esperando de Él las gracias de que pueda tener necesidad y sin intentar forzar a Dios para que le otorgue más gracias que las que El quiere. Permanezca tranquila y humilde a la vista de sus faltas, porque las faltas es lo nuestro y nada hay que esperar de nosotros fuera de ellas”. (12 septiembre 1619).

Pues, una mirada sobre las faltas, sobre el abajamiento delante de Dios, un Dios que concede gracias cuando él quiere. Es un poco un Dios bastante lejano, nada cercano, que pide de cada uno que se reconozca pobre, que se abaje. No es muy dinámico pero es la espiritualidad que Luisa tiene en esta época.

Luisa pudo considerar su matrimonio como el designio de Dios. Pero hacia el año 1622, es decir 9 años después de su matrimonio, su esposo Antoine cae enfermo. Para Luisa esto es un choque. No comprende que la felicidad desaparece, que su esposo es exigente, su carácter cambia y Luisa no comprende nada. Y por eso se imaginará que Dios la castiga con la enfermedad de su marido porque ella no observó la promesa que hizo a Dios de llegar a ser religiosa Capuchina. Ella se imagina esto e intentará, como ella dice, vencer la justicia de Dios multiplicando las oraciones, los ayunos, las mortificaciones de todo tipo.

Nada hace, pero con todo esto, caerá en un estado depresivo, ver todo negro, no saber donde se encuentra e incluso llegará a desear el hecho de abandonar a su esposo y a su hijo, y sobre todo a no creer más en la inmortalidad del alma y, por último, dudar de la existencia de Dios.

En 1623 en los primeros días de mayo, ella misma escribe que estaba en una pena horrible. Es entonces que, en junio de 1623, sobrevino el día de Pentecostés, la conocida luz de la que tomará nota y le dará un poco de esperanza. Al final de su texto dirá: *“Mi tercera pena me fue quitada con la seguridad que sentí en mi espíritu de que era Dios quien me enseñaba todo lo que antecede, y pues Dios existía, no debía dudar de lo demás”.* Ella dice que es Dios quien le habló, quien le mostró que debía permanecer con su marido y su hijo, que tendría un nuevo Director y le abre un futuro, diciéndole que un día estará en una comunidad. Gracias a esta luz Luisa encontró una cierta alegría y equilibrio, pero será largo encontrarlo por completo. Al acercarse a la fiesta de Navidad de 1622, su esposo muere. Ahí la vemos viuda, con un hijo de 12 años y en este momento, conoce a san Vicente.

Viuda, conoce a Vicente de Paul. El encuentro entre ambos no es deseado, pero lo hacen por amor, en recuerdo del conocido Francisco de Sales.

Al cabo de algún tiempo, Vicente de Paúl se dará cuenta que Luisa, bajo su aspecto muy triste y ansioso, tiene una fuerte personalidad. Y poco a poco la dirigirá hacia las Cofradías de la Caridad que él

había fundado. La vemos ya en las Cofradías de la Caridad y en mayo de 1629, Vicente de Paúl le pedirá que vaya a Montmirail. Es el comienzo de una vida toda nueva. Va pues a Montmirail, luego continúa visitando las Cofradías. Y el 5 de febrero de 1630, vivirá un acontecimiento muy particular, y escribirá lo que ocurrió.

Visita a las Cofradías de Saint Cloud (1630)

“Salí el día de Santa Agueda, 5 de febrero, para ir a Saint Cloud. En la Sagrada Comunión me pareció que Nuestro Señor me daba el pensamiento de recibirle como al esposo de mi alma, y aun, que esto me era ya una forma de desposorios, y me sentí tan fuertemente unida a Dios en esta consideración que para mí fue extraordinaria, y tuve el pensamiento de dejarlo todo para seguir a mi Esposo y de mirarlo de aquí en adelante como a tal, y de soportar las dificultades que encontraría como recibíéndolas en comunidad de sus bienes”. (Carta E 16, A. 50. febrero de 1630, p. 682)

Luisa, pues, este 5 de febrero, vive alguna cosa extraordinaria. El 5 de febrero, es el día del aniversario de su matrimonio con Antonio. Hace 5 años que murió, pero Luisa le gusta celebrar el aniversario de su boda. Todos los años, le pide a san Vicente que diga la misa de esponsales en recuerdo de su matrimonio.

Y ese día, el 5 de febrero de 1630, Nuestro Señor la hace vivir lo que ella llama un desposorio místico. Jesús le dice que será su Esposo y Luisa lo acepta. Es un descubrimiento para ella y ella vivirá con él una comunidad de bienes, como un hombre y una mujer hacen a menudo cuando se casan: ponen en común sus bienes y Luisa acepta poner en común sus bienes con Jesús: compartir los bienes, es a la vez compartir sus alegrías pero también sus penas y seguir sus pasos. Por eso es un momento extraordinario. Y a partir de 1630, la espiritualidad de Luisa cambia completamente. Hasta ahí, estaba centrada en un Dios austero.

Ahora, su espiritualidad se orienta hacia Aquel que ella acaba de descubrir: Jesucristo, el que se ha convertido en su Esposo. Y en su retiro de 1632 muestra la importancia que le da al Evangelio, medita todas las acciones del Hijo de Dios explicadas en el Evangelio, desde su nacimiento hasta su muerte. Por ejemplo dirá respecto a su nacimiento: « Jesucristo se hizo niño para que tengamos más libertad de acercarnos a El”

Hablará del lavatorio de los pies donde Jesús se arrodilla delante de sus apóstolos. Louise está mucho más abierta.

1630, es también el año de la llegada de Margarita Naseau, de la llegada de las otras jóvenes que vienen a servir en las Cofradías. Y entonces, Louise percibirá que Dios tiene verdaderamente un designio sobre ella, una vocación.

Retiro 1632

“Y como pasara ante el Santísimo Sacramento, me he sentido fuertemente...impulsada en mi interior a ponerme de grado en santa indiferencia para estar así mejor dispuesta a recibir la llamada de Dios y cumplir su santísima voluntad, teniéndome por indigna de que su bondad quiera tener designios sobre mi alma, los que deseo se cumplan enteramente en mi, y quiero ofrecerme a Dios por toda mi vida para ello”.

Se nota una cierta alegría en Luisa, ya no es la mujer triste. Está feliz y siente que Dios la llama. Sólo tiene un único deseo: cumplir la voluntad de Dios. La vemos durante su retiro del 1632 inclinarse hacia lo que ella ve que Dios va a pedirle. Percibe que es necesario reunir a las jóvenes que están en las

Conferencia, reunir las en un grupo, pero se pregunta: ¿seré capaz de hacerlo? No se comprometerá en ello sin reflexionar, porque lo que entrevé, es que vivirá entre campesinas. Hay que darse cuenta lo que esto significa para una gran noble de París, vivir con campesinas, cuando eran dos clases sociales que no se hablan; para ella es algo contrario a lo que ha vivido en el mundo y presiente que va a ser criticada, muy criticada. Es necesario que acepte estas críticas y se pregunta: ¿tendré el coraje de hacerlo? Reflexionará detenidamente sobre la vida “comunitaria” entre san José, la Virgen María y Jesús. Y dice: ellos vivieron 30 años para mostrarnos la importancia de la vida comunitaria. Entonces se dijo: voy a hacerlo. Pero inquieta, continuaba preguntándose: ¿es en verdad la voluntad de Dios o la mía?

Luisa se presenta como una mujer que se interroga, que reflexiona, que ve la vocación que Dios le propone pero que no se embarca con los ojos cerrados. Y añade: “para estar segura que es la voluntad de Dios, esperaré el acuerdo dado por mi director”. Necesitará pues que Vicente de Paúl le de su consentimiento. Lo que no hace al comienzo, porque él también, pensó que estaría por encima de las fuerzas de Luisa o que no era necesario. Y es sólo a principios de septiembre 1633 que Vincent de Paúl da su conformidad.

Los comienzos de la Compañía: Luisa acoge el 29 de noviembre algunas jóvenes que querrán intentar la aventura con ella. Es feliz, pero sabe que la tarea será dura. La primera cosa que hace, además de la formación humana y profesional de las Hermanas, es la de enseñarles a vivir el Evangelio. Al mediodía, cuando regresaban del servicio de los pobres, Luisa les hacía leer el Evangelio y les enseñaba a meditarlo. Y Luisa continuó reflexionando sobre el misterio de la Encarnación, que ahora es el centro de su vida espiritual.

“¿No será también que tu admirable Encarnación era el establecimiento de la gracia de que las almas tienen necesidad para alcanzar su fin. ..pero el alma ...no podía verse tan estrechamente unida a su objeto que es Dios, inaccesible a todo ser, sino por ese medio tan admirable que hacía a Dios hombre y al hombre Dios”

Esta es la primera meditación de Luisa sobre la Encarnación: para ella, es una cosa extraordinaria, que un Dios se haga hombre y que este Dios que era inaccesible, se convierta en algo cercano y sobre todo que este Dios se haga cercano, es para que el hombre se acerque a Dios. Dios se hizo hombre para que el hombre se convierta en Dios.

Esta meditación es la que va a intentar transcribir a las Hermanas, decírselo en un lenguaje más sencillo.

Pensamientos sobre la Encarnación y la Eucaristía). (E 67, A. 14)

“Este pensamiento me ha venido después de haber deseado durante algún tiempo el amor de la Humanidad santa de Nuestro Señor para verme empujada a la práctica de sus virtudes especialmente la mansedumbre y la humildad la tolerancia y el amor al prójimo” (Pensamientos, p. 773).

Aquí, Luisa recurre a un término que utilizará mucho en sus meditaciones: mira la humanidad santa de Cristo, lo que quiere decir que ella mira a la vez a Jesús hombre, su humanidad y su humanidad santa, es decir sin pecado y esta es la humanidad de Cristo, es decir el Hijo de Dios. Ella une muy bien a Jesús hombre y Dios, todo a la vez. Observa todas sus cualidades, todas sus virtudes e invitará a las Hermanas a meditar sobre Jesús hombre y Dios.

Su carta a Ana Hardemont en 1648 resume bien su espiritualidad: *“Queridas Hermanas, tenemos que tener continuamente ante la vista nuestro modelo que es la vida ejemplar de Jesucristo a cuya imitación*

estamos llamadas no sólo como cristianas sino también por haber sido elegidas por Dios para servirle en la persona de sus pobres”

La espiritualidad de Luisa se resume en **seguir a Jesucristo para servirle en los pobres, reconociendo su presencia en los pobres e imitando sus virtudes**. Y cuando las Hermanas no lo hacen, Luisa las llama al orden.

A las Hermanas de Angers, escribe:

“¿Dónde están la dulzura y la caridad que han de conservar tan cuidadosamente hacia nuestros queridos amos los pobres enfermos? Si nos apartamos, por poco que sea, del pensamiento de que son los miembros de Jesucristo, eso nos llevará infaliblemente a que disminuyan en nosotras esas hermosas virtudes”.

De ahí la importancia de la mirada sobre Jesucristo, la profundización en la oración y vivirla luego en el servicio de los pobres. Luisa lo integró muy bien para poder transmitirla a los demás.

Para Luisa, Dios tiene un proyecto sobre la Compañía, un proyecto muy preciso “darse a Dios para honrar a Jesucristo sirviéndoles en la persona de los pobres”. Luisa es consciente que este proyecto de Dios para la Compañía es grande. Y ella se dice que es importante que este proyecto sea bien vivido por las Hermanas.

Y en 1644, irá a Chartres a pedir a María que vele sobre la Compañía para que pueda cumplir su designio.

“El lunes, día de la Dedicación de la iglesia de Chartres, lo empleé en ofrecer a Dios los designios de su Providencia sobre la Compañía de las Hijas de la Caridad, ofreciéndole enteramente dicha Compañía y pidiéndole su destrucción antes de que pudiera establecerse en contra de su santa voluntad; pidiendo para ella por las súplicas de la Santísima Virgen, Madre y guardiana de dicha Compañía, la pureza de que tiene necesidad”.

Luisa ira a Chartres para confiar a María la protección del designio de Dios sobre la Compañía, porque Luisa piensa que si las Hijas de la Caridad no son fieles a este designio de Dios, es mejor que la Compañía desaparezca. Luisa es categórica porque encuentra que este proyecto es muy grande y pide la pureza necesaria para que este proyecto esté bien protegido. Se trata de proteger bien este proyecto de Dios, sin estropearlo, sin desviarlo. A María le dice: “sea la guardiana y ayude a las hermanas a cuidar este proyecte del que usted será la Madre para infundir la vida a este grupo y viva bien!”

Este es el sentido de la consagración a Chartres: deslumbrada por el proyecto de Dios, Luisa desea que esté bien protegido.

Pero en 1647, las dificultades llegan. Las Hermanas no viven más el proyecto.

El primer aviso es para Nantes. Las Hermanas llegaron a Nantes en agosto de 1646 y en 1647, la Comunidad se dividió en dos grupos: una de las Hermanas estaba demasiado cercana al capellán del hospital, la Hermana Sirviente la llamó al orden pero ella no la escuchó y la Comunidad se dividió en dos grupos que se discuten y se vigilan y finalmente, el servicio de los pobres está mal hecho: una enferma muere sin sacramentos y Luisa recibe cartas sobre esta situación y escribe:

A las Hermanas del hospital de Nantes (C 191, L. 174)

“¡Ah, queridas Hermanas! ¡Cuántos motivos tengo para temer que hayan sido mis malos ejemplos los que han causado esa desgraciada influencia en sus espíritus! Si así es, háganme la caridad de pedir a Dios perdón por mí y ustedes perdonenme también obrando mejor de lo que me han visto hacer”.

¿Cuál es la reacción de Luisa? ¿ella se culpabiliza, se siente culpable! No supo escuchar, no supo acompañar a las hermanas. Y Luisa se hundirá en una culpabilidad importante, porque después de esta carta, irá a Nantes, llamará a dos hermanas que vuelvan a París, pero estas dos dejarán la Compañía. y habrá una oleada de partidas en la Compañía: hermanas de Nantes, Angers, Fontainebleau, Pontoise, de la Casa Madre, un poco de todas partes.

De manera que Luisa está muy dolorida, se culpabiliza. En julio de 1649, escribe una carta a Vicente de Paul: *“Ayer también se volvió a marchar otra Hermana con el hábito y sin decir palabra, es la de San Cloud. ...Me parece que Dios nos habla a través de estas ocasiones, no sé si para destruir la obra o para afianzarla Y añade esta terrible frase: ¿Haría el favor su caridad de pensar en ello y decirme con toda libertad si soy yo el Jonás que habría que arrojar al mar?”* Luisa se siente culpable ¿Cómo atravesará estos fracasos? ¿los superará? ¿Cómo saldrá de ellos? de hecho, la culpabilidad, es un orgullo herido: no estamos contentos, nos creíamos mejores que esto y nos sentimos heridos al ver que no se ha sido capaz de hacer la tarea que teníamos que hacer. Por eso no se encuentra bien. Entonces, ¿cómo puede salir de esto?

En esta época, es la **guerra de la Fronda**. En París hay muchos pobres y vemos sopas populares organizadas en las diferentes parroquias y Luisa dirá: en san Pablo hay 3000, en San Lorenzo 2000 y tantas otras en varias parroquias. Y Luisa que reflexiona se dice: Dios tiene piedad y misericordia de sus pobres; tal vez yo soy una de estos pobres. Esto la transformará, en vez de mirar su culpabilidad, admitirá que comete errores, que ha faltado, pero todas sus faltas y errores, los retomará en sus manos y se los ofrecerá a Dios diciendo: sólo soy una pobre que acogerá el perdón de Dios, a ejemplo del Publicano que pobremente se sitúa delante de Dios, acoge su pobreza y Luisa descubre y acoge la misericordia de Dios. Luisa escribe una carta muy bonita a Bárbara Angiboust en 1652, porque Bárbara vivió un poco lo que Luisa vivió. Bárbara está en Brienne, hay guerra y Bárbara está hundida ante el gran número de enfermos y heridos que ella no llega a atender.

Carta a Sor Barbara Angiboust (11 junio 1652)

“En nombre de Dios, queridas Hermanas, no se desanimen por sus trabajos ni por pensar que no tienen más consuelo que el de Dios. ¡Ah! si supiéramos los secretos de Dios cuando nos pone en tal estado, veríamos que debería ser éste el tiempo de nuestros mayores consuelos... Si la bondad de Dios no nos expone a las miserias más grandes, démosle gracias por ello, y estemos persuadidas de que es sólo su misericordia, sin ningún otro mérito...”

Luisa reconoce después que esto ha sido beneficioso para ella, y que al final comprendió esta misericordia de Dios, de este Dios que no se cansa de perdonar pero que hay que ir a Él muy pobremente.

Agradece a Dios por este período y así puede ayudar a las hermanas a perseverar en él y a comprender la misericordia de Dios.

A partir de 1652, vemos que Luisa entrará en un período en el que sus meditaciones muestran su admiración por el amor de Dios y continuará su meditación sobre la Encarnación, porque no termina nunca de meditar sobre este extraordinario misterio...

“Y mi espíritu ha recordado el pensamiento que había tenido de que el designio de la Santísima Trinidad era que el Verbo se encarnase ya desde la creación del hombre, para hacerle llegar a la

excelencia del ser que Dios quería darle por la unión eterna que quería tuviese con El, como la más admirable de sus operaciones exteriores”.

Luisa está siempre en admiración delante de este misterio de la Encarnación, comprendiendo que Dios quiere que el hombre llegue a la glorificación y añade: *“Pero ¿no es una gloria para las almas el cooperar con Dios en el cumplimiento de sus designios?”* ». Entrará pues al servicio de los pobres en una cooperación con Dios, con Jesucristo para la salvación del mundo. para ella, el servicio de los pobres, bien hecho, según el designio de Dios, prolongará la Redención. Por el servicio de los pobres, permitimos que el hombre viva bien, muera bien, pero también que encuentre su dignidad de hombre y de hijo de Dios. Esto es lo que Jesucristo hizo al venir a la tierra, permitió al hombre ser acogido por Dios con un gran perdón por sus faltas. Entonces, nosotras estamos ahí para cooperar con Dios a la salvación del mundo. Luisa subraya la importancia de nuestro servicio realizado con preocupación por el bien del hombre, porque Jesucristo quiere este bien del hombre. Pero Luisa no sólo se detiene en la Encarnación, sino que meditará mucho sobre la Eucaristía.

“Hemos de considerar qué motivo puede haber tenido Dios para esta acción tan admirable e incomprensible para los sentidos humanos; y como no podremos encontrar otro que su puro amor, debemos, con actos de admiración, adoración y amor, dar gloria y honor a Dios en agradecimiento de este invento amoroso para unirse a nosotros”.

“Dar gloria y honor a Dios en agradecimiento de este invento amoroso para unirse a nosotros” Luisa retoma lo que Vicente de Paúl decía a propósito de la Eucaristía: *“el amor es infinitamente inventivo”*. Y Luisa dice que Dios no ha querido contentarse con la Encarnación, sino que quiso permanecer presente, por eso inventó la Eucaristía. Para ella, la Eucaristía es algo extraordinario. En los Escritos espirituales (p. 811-813), Luisa da una conferencia a las Hermanas sobre la Eucaristía: en ella les explica los tres tiempos para comulgar bien: cómo prepararse, cómo comulgar y cómo agradecer a Dios. ¡Es magnífica y está llena de amor, porque no sabe como agradecer a Dios ! y al final de su texto, dice: *“Dios nos da la capacidad de vivir en El”*. Las Hermanas explican que Luisa siempre se emocionaba cuando comulgaba y que tenía un pañuelito para secar las lágrimas, ya que era tan feliz, que lloraba de la felicidad al recibir a su Dios.

Todas sus mediaciones no impiden a Luisa dirigir la Compañía. En esa época hubo varias fundaciones: la de Polonia bajo los campos de batalla, Ussel, Narbona, Cahors... Santa Luisa lleva a la vez su vida concreta y su vida de reflexión espiritual.

En 1657, hizo su retiro meditando sobre el Espíritu Santo. hasta entonces, no había prácticamente hablado del Espíritu Santo. le gustaba mucho la fiesta de Pentecostés porque era el recuerdo de su Luz de Pentecostés. Pero, cuando habla de su Luz de Pentecostés, sólo habla de Dios, sólo conoce a Dios. Sin embargo hay otro acontecimiento importante, en 1642 cuando hubo la caída del techo el día de Pentecostés. Pero en 1657, consagra su retiro a la meditación sobre el Espíritu Santo. Su texto es bastante difícil. Ella dice que el Espíritu Santo es una fuerza, una fuerza que ayudará a los apóstoles a dar testimonio y el Espíritu Santo nos dará la fuerza también a nosotros, dar testimonio. También dice que el Espíritu Santo es fuente de unidad, y permitió que la Iglesia se desarrollase, estuviese unida. Pero también insiste sobre la acción del Espíritu Santo en nosotras mismas: el Espíritu Santo hace la unidad en nosotros mismos, porque nosotros a menudo, estamos divididos. Ella habla de las tres facultades que tenemos: la comprensión, el juicio, la voluntad y constatamos como dicen san Pablo, que no hacemos el bien que quisiéramos sino el mal que no queremos hacer, la voluntad no llega a seguir lo que se quiere. Por último dice que el Espíritu Santo es el amor y tiene una oración muy bonita:

Razones para darse a Dios a fin de participar en la recepción del Espíritu Santo el día de Pentecostés (E. 98 , A. 26)

“¡Quita mi ceguera, Luz eterna! da sencillez a mi alma, Unidad perfecta! ¡Humilla mi corazón para asentar el fundamento de tus gracias! y que la capacidad de amar que has puesto en mi alma no se detenga ya nunca más en el desarreglo de mi propia suficiencia que no es, en efecto, más que un obstáculo y un impedimento al puro Amor que he de recibir con la efusión del Espíritu Santo”.

Luisa traducirá esto en una frase más fácil para las Hermanas:

“Suplico a la bondad de Nuestro Señor que disponga nuestras almas para recibir al Espíritu Santo y que así, inflamadas con el fuego de su santo amor, se consuman ustedes en la perfección de ese amor que les hará amar la santísima voluntad de Dios”

Luisa está más abierta. En esta época, superará las dificultades se presentarán en la Compañía sin caer en la culpabilidad, las aceptará serenamente aunque sea sufriendo. Se sabe que Marie Joly no quiere obedecer, que las hermanas de Angers no quieren acoger a la nueva hermana sirvienta, que la hermana que debió partir a Cahors se marchó con el dinero que le habían dado para su alimento, etc... hay dificultades pero Luisa las soporta, se avanza poco a poco con alegría, consciente del amor de Dios y abordará la muerte tranquilamente.

Pero en enero de 1660, una carta de Luisa muestra que estaba habitada por una terrible angustia. Luisa se pregunta: “¿y si me he equivocado en relación con el proyecto de Dios sobre la Compañía?” no sabe que pensar más. Porque, en la Compañía, hay algunas hermanas que quisieran vivirla en dos grupos: un primer grupo para las que “yendo y viniendo” continuarían el servicio de los pobres, y las otras tendrían una vida mucho más religiosa, con un velo encima de la cabeza y se las llamaría “Madre” y no “Hermana”, y tendrían más tiempo para leer la Palabra de Dios. Y Luisa se pregunta: “pero ¿qué quiere el Señor de mí?” y envía una carta muy angustiada a Vicente de Paúl donde le explica todo esto.

Carta al Señor Vicente (C 721, L. 655)

“Siento mucho darle este disgusto; si su caridad ve que Dios quiere otra cosa que lo que se ha hecho hasta ahora, en el nombre de Nuestro Señor, sea ella quien lo ordene y lo declare”.

Pero, como san Vicente está enfermo, pide que le envíen al Padre Almérás. Supongo que el Padre Almérás y Vicente de Paúl la tranquilizaron. Pero ¿por qué esta última angustia? Pienso que la podemos comparar a Francisco de Asís. En efecto, poco antes de su muerte, Francisco de Asís tuvo el mismo tormento, porque veía a algunos de sus hermanos que quería menos pobreza y modificar la comunidad. Y Luisa vive la misma situación ; ella ve que se quiere modificar esta obra de Dios y se tiene la impresión que Dios quiere pedirle que le entregue entre sus manos esta comunidad a la que ella amó tanto y que Luisa, en el momento de su muerte, la consideró demasiado como su obra. Ella que la llevó a pulso, lo hizo todo para que las hermanas fuesen fieles al designio de Dios, esta es su obra. Y ahí, sentimos que Dios le pide que se desprenda de su obra para ofrecérsela y entregar el futuro de la Compañía entre las manos de Dios. Y Luisa lo hace y podrá morir en paz el 15 de marzo de 1660. Al comienzo de su testamento espiritual dirá: *“le ruego les conceda la gracia de perseverar en su vocación”.*

Conclusión

Para terminar, retomo las frases de san Vicente en las dos conferencias que él dio sobre las virtudes de Luisa de Marillac.

“ ¡Qué hermoso cuadro, Dios mío! ¡Qué humildad, qué fe, qué prudencia, qué buen juicio, y siempre con la preocupación de conformar sus acciones con las de Nuestro Señor! Hijas mías, os toca ahora a vosotras conformar vuestras acciones con las suyas e imitarla en todas las cosas”.

Sor Elisabeth CHARPY
Hija de la Caridad

**INTRODUCCION DEL MENSAJE DEL PAPA BENEDICTO XVI
PARA LA 28ª JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2013
del 23 al 28 julio de 2013, en Río de Janeiro - Brasil.**

« Id y haced discípulos a todos los pueblos » (cf. Mt 28,19)

Queridos jóvenes:

Quiero haceros llegar a todos un saludo lleno de alegría y afecto... nos estamos preparando para la próxima Jornada Mundial, que se celebrará en Río de Janeiro, en Brasil, en 2013...

...La célebre estatua del Cristo Redentor, que domina aquella hermosa ciudad brasileña, será su símbolo elocuente. Sus brazos abiertos son el signo de la acogida que el Señor regala a cuantos acuden a él, y su corazón representa el inmenso amor que tiene por cada uno de vosotros. ¡Dejaos atraer por él! ¡Vivid esta experiencia del encuentro con Cristo, junto a tantos otros jóvenes que se reunirán en Río para el próximo encuentro mundial! Dejaos amar por él y seréis los testigos que el mundo tanto necesita.

Desde ahora sobre el tema del encuentro: *“Id y haced discípulos a todos los pueblo”s* (cf. Mt 28,19). Se trata de la gran exhortación misionera que Cristo dejó a toda la Iglesia y que sigue siendo actual también hoy, dos mil años después.

Esta llamada misionera tiene que resonar ahora con fuerza en vuestros corazones. El año de preparación para el encuentro de Río coincide con el Año de la Fe, al comienzo del cual el Sínodo de los Obispos ha dedicado sus trabajos a *«La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana»*. Por ello, queridos jóvenes, me alegro que también vosotros os impliquéis en este impulso misionero de toda la Iglesia: dar a conocer a Cristo, que es el don más precioso que podéis dar a los demás...

VIVIR EL AÑO DE LA FE

**Encuentro internacional
organizado en la Casa Madre
del 22 de abril al 6 de mayo d
para la revitalización
espiritual y vicenciana
de las Hijas de la Caridad
de 11 a 24 años de vocación**